

DEL CAMINITO DEL HISTORIADOR

Mariela González



© Historias del Camino
© Mariela González Álvarez

© Portada: Barb Hernández

Corrección: Sergio R. Alarte (www.kharmedia.es)
Maquetación y diseño: Kharmedia (www.kharmedia.es)

Primera edición: Octubre 2016

© Kelonia Editorial 2016
Apartado de correos 56.
46133 - Meliana (Valencia)
kelonia.editorial@gmail.com
www.kelonia-editorial.com

ISBN: 978-84-944802-9-4
Depósito legal: V-2320-2016

HISTORIAS DEL CAMIÑO

Mariela González



*A Fran,
por todos los pergaminos sellados juntos
y los caminos por recorrer.*

«En el fondo, he tenido un
sueño muy divertido, y lo echo de menos;
he llegado incluso a preguntarme si no era más verdadero
que lo único que me parece explicable y natural hoy».

Gérard de Nerval

A decorative border of intricate floral and scrollwork patterns surrounds the entire page. In the center, a diamond-shaped frame of similar patterns encloses the letter 'I'.

I

LA LARGA ESPERA



Las calles de la ciudad en la que se ha nacido siempre son viejas conocidas. Por mucho que cambien y ya no esté en aquella esquina la ventana sucia de la antigua panadería, donde el anciano cascarrabias daba a duras penas los buenos días; por mucho que la casa en la que anidaban los fantasmas, pergeñados por la imaginación, tenga ahora otra puerta y otros inquilinos más mundanos, y ya no cuelgue la melancolía de sus vigas incitando a los chiquillos a la búsqueda del miedo. Son las mismas calles bajo las mismas botas, el mismo aire que se respira una y otra vez, los sueños que se dejaron colgados de una cuerda como ropa mojada.

Era aquella la misma noche, que abrazaba a Keith bendiciendo su regreso, y le tironeaba de las mejillas y el cabello con dedos fríos y delgados. Pero él se sabía extranjero, diferente.

Se apretó la capa, maldiciendo al perenne invierno de aquellas tierras, y de inmediato se sorprendió y decepcionó consigo mismo. ¿Tanto había pasado vagando por otros lares que se había olvidado de cómo era el tiempo en su casa? La palabra, el significado que arrastraba tras de sí, le dejó un regusto amargo en la mente. Hacía ya tiempo había renunciado a un hogar, y lo había hecho con alegría, con entusiasmo. Aquello había sido una ilusión, palabrería de un jovenzuelo... No se puede estar sin un hogar, donde quiera que éste se halle. Al menos en el corazón.

Giró donde sabía que tenía que girar, con el instinto de un gato viejo, casi olfateando. Un perro le gruñó sin muchas ganas y desapareció enseguida en el hueco de una pared. Subió los escalones de madera y se detuvo junto a la puerta.



Allí estaba la marca en forma de media luna; no era una señal secreta, sino el golpe que le había propinado una vez con las llaves, al regresar tambaleándose de una borrachera. Todavía colgaba del marco el gallo de latón, si bien ennegrecido por el tiempo más de lo que recordaba, y se mecía con parsimonia, marcando el curso del viento. Se preguntó cuántos temporales habría predicho en su larga ausencia.

Tomó aliento. Respiraba el mismo aire.

Llamó con los nudillos, con firmeza.

Los pasos tardaron unos momentos en escucharse. La luz de una lámpara de aceite se encendió tras los visillos, pudo escuchar su gemido oxidado. Le imaginó del otro lado, frotándose los ojos y blasfemando entre dientes hacia quien fuera que interrumpía su sueño. Sonrió, y su sonrisa se amplió, expectante, cuando escuchó el inconfundible sonido del cerrojo descorriéndose, cuando la tabla comenzó a girar pesadamente... pero se le congeló en los labios al sentir la punta de una ballesta en el pecho.

Dio un respingo, aunque no retrocedió. Se limitó a mirarle, desconcertado, los ojos abiertos emulando la luna llena en el cielo.

Roland blasfemó, en efecto.

—Debería atravesarte, aquí y ahora —masculló.

—Roland... ¿por qué?

—Fíjate en cómo me estás poniendo la entrada.

La mano que sujetaba la ballesta se relajó, y señaló con el arma al suelo, allí donde los pies de Keith se posaban y habían dejado gruesas manchas de barro. Keith exhaló, y una calidez reconfortante se extendió por su pecho. Un momento después los dos hombres se abrazaban, al tiempo que aquél soltaba una carcajada y bajaba la ballesta.

—No te pega esa cara de susto. Vamos adentro, desgraciado.

Todo era reconocible en el interior, aunque la disposición de muchos objetos había cambiado. La larga mesa ya no estaba contra la pared sino que ocupaba el centro de la sala; las dos viejas espadas de la familia ahora colgaban, pulidas y bien cuidadas, sobre la chimenea. En los anaqueles seguían estando los mismos libros; la mayoría, sabía Keith, eran mapas y tratados políticos, afición de su propietario. Se aproximó a uno de ellos mientras Roland trajinaba en la cocina. Leyó los títulos enrevesados: *Taxonomía de los imperios*, *La psique de un príncipe*. Bufó. Nunca había sido capaz de soportar a aquellos teóricos que parecían emplear las palabras más rebuscadas para definir un mero asesinato o una coalición, aunque ahora que tenía tiempo tal vez lo intentara. Tan solo para divertirse, después de todo lo que había vivido.



—Siéntate, anda, cerca del fuego. —Roland emergió de la cortina que delimitaba las dos piezas, llevando en la mano una botella, dos vasos y un plato con varios trozos de queso en precario equilibrio. Colocó todo ello sobre la mesa. Su primo leyó la etiqueta de la botella, y su mirada se iluminó—. Sí, amigo, aguardiente —corroboró el otro, con una nueva risotada—. Creo que es lo que necesitas. No hay más que verte la cara que traes.

Keith se imaginaba bien cuál era esa cara, y no podía reprochar a su pariente que quisiera hacer algo al respecto. Recordó el momento en que vio su rostro al salir de la cárcel; una de las primeras cosas que hizo fue buscar alguna superficie reflectante para mirarse en ella, quizás para asegurarse de que realmente fuera él quien estuviera, por fin, lejos de las cuatro paredes de su celda. El ventanuco de una tienda cercana le devolvió una imagen demacrada, unos ojos grises cansados y heridos por los meses de reclusión. La siempre fiel barba que le enmarcaba el semblante se había convertido en un remedo deshilachado; su cabello, al menos, seguía tan negro como lo recordaba. No eran pocas las historias que había escuchado sobre personas que encanecían de pronto, de la noche a la mañana, después de un largo período de sufrimiento.

—Me hago a la idea —dijo, resoplando y conjurando la imagen de aquel amanecer. Mientras su compañero avivaba el fuego, se entretuvo en echarle un vistazo de arriba abajo. Roland sí que no parecía haber cambiado un ápice. Como siempre, llevaba el cabello castaño cuidadosamente recogido en una coleta y el rostro bien pulcro. Ni un solo pelo sobresalía de su barbilla sin su consentimiento. Nada similar a él. Sus ojos oscuros seguían siendo tan despiertos como antaño, como siempre. Se preguntó cuánto más habrían visto, aprehendido, asimilado en todo aquel tiempo, dada su natural afición por absorber conocimientos—. Tendré que volver a acostumbrarme al frío de por aquí. Podemos ir mañana a patinar en el hielo a pecho descubierto, como cuando éramos críos. Será un buen tratamiento. Terapia de choque.

—Eso sería si el lago sirviera para patinar en estos tiempos —replicó Roland, sentándose a su lado y tomando su vaso—. Pero me temo que los barcos de pesca del duque Dayton tienen otras ideas acerca de su utilidad. Me parece que los niños tendrán que seguir patinando en el río, al menos hasta que hayan sacado el último timalo del hielo. Se ha puesto muy de moda entre los nobles, una alternativa al salmón.

—¿En el río? —Keith torció el gesto como si acabaran de decirle que iban a sacarle una muela. Recordó la estrecha línea de agua que apenas



daría para una o dos piruetas, y resopló—. Qué barbaridad. No sé a dónde vamos a llegar.

—Podrías probarlo... seguro que causas impresión entre los chiquillos. Pero eso sería si fueras a quedarte por aquí. Cosa que dudo. —Como era habitual en él, Roland se dirigía como una flecha al centro de los pensamientos—. Sobre todo cuando cuentas inesperadamente con unos días de más. ¿Me equivoco, primo? ¿Verdad que estás pensando en volver a las andadas?

El aludido sonrió. Había cierta tristeza ahora en su gesto. Estaba pensando en el lago, lo imaginó lleno de barcos.

—Pues es posible que te equivoques. He escarmentado, puedes estar seguro.

—No me cabe duda; si no fuera así, no te habrían soltado antes que a los demás. —El otro hombre se levantó y se dirigió a una cómoda. Había allí unos cuantos papeles desordenados; rebuscó en ellos y tomó uno, tendiéndoselo a su compañero—. Mira, es una proclama oficial del alcalde. Las estuvieron repartiendo por las calles y las tabernas. En ella decía que te liberarían de tu condena el cinco de marzo. Dentro de cuatro días. ¿A qué se debe que te tenga aquí hoy?

—El cinco de marzo... Ese es el día que han escogido para la nobleza. Para los verdaderos ojos, oídos y manos de todo lo que sucedió. —Keith, ahora sí, no pudo evitar que su mente traspasara la barrera. Desde que saliera se había esforzado por pensar en banalidades, por mostrarse incluso animado, como si volviera de una expedición por continentes ignotos y no del interior mohoso de una celda. Ahora regresaba todo a él: el olor a orín, la soledad, la oscuridad. El frío, un frío muerto y apagado, en absoluto inquieto y cambiante como el que empañaba los cristales en el exterior. El frío de la cárcel y de los recuerdos.

»Los cagarros como yo, los pobres diablos, da igual que estén fuera unos días antes. Me soltaron ayer. En medio de la noche, sin que me hubieran dicho nada. Simplemente llegaron a mi celda y me alzaron en vilo por los sobacos. Estaba... —Tragó saliva. Le avergonzaba, pero era el único modo de liberarse de aquel sentimiento que parecía una tenaza en su estómago—. Estaba aterrado. Había tenido pesadillas similares muchas veces, en las que me colgaban sin previo aviso, de madrugada. Sin... sin que nadie me despidiera al pie del cadalso.

—No te iban a colgar por algo como lo que hiciste —dijo suavemente, e innecesariamente, Roland. La mirada de Keith brillaba como un ascua, y era consciente del dolor que allí se encontraba en liza con su entereza.

Recordó, sin proponérselo, aquel día crucial de su infancia, cuando se había caído y se había clavado la piedra en la rodilla muy hondo, hasta el hueso. Cuando se ganó el sobrenombre que lo acompañaría desde entonces. Roland le había ayudado a volver a casa. Los dos estaban asustados, la sangre manaba profusamente. Keith no había gritado, no se quejó ni una vez. Pero el brillo en sus ojos era el mismo que el de entonces.

—Por lo que evité hacer, querrás decir. Ya lo sé —respondió éste; se pasó una mano por la frente y la retiró perlada de sudor. Continuó hablando, su voz era más firme ahora—. Me arrojaron a la calle. No me devolvieron ninguna de mis pertenencias, pero sí esta capa. Que el diablo se la lleve, apuesto a que se mearon encima antes de dármele. —Volvió a olerla como había hecho ya muchas veces, arrugando la nariz—. Muy tierno por su parte.

—Anoche sí que hizo frío de verdad, así que no fue un mal gesto —confirmó Roland, llevándose el vaso a los labios—. Entonces... ¿dónde fuiste? No me vayas a decir que has estado desde ayer caminando hacia aquí.

—No, pero casi —bufó Keith—. ¿Qué podía hacer? No tenía ni una moneda para una pensión, y dudo que las casas de caridad hubieran querido aceptarme a aquellas horas. La beneficencia también cierra cuando cae el sol, es bien sabido. Así que me fui a la esquina que me pareció menos asquerosa y más libre de piojosos y ladrones, y allí dormí. Cuando amaneció me puse en camino. Salí de la ciudad, encontré a un carretero que me dio una hogaza de pan y aceptó llevarme un trecho. Hasta la encrucijada de Oller. Tomé el camino hasta aquí, y ahora, mira por dónde, estoy sentado en un salón, quemándome el gaxnate con mi primo.

—¿Has andado desde Oller hasta aquí? No me extraña entonces que me lo estés dejando todo perdido con esas botas. Mira que eres cafre... Podías haber encontrado a otro que te acercara, un trecho al menos.

Keith apuró el vaso de un trago. Tosió.

—Las botas son la menor de mis preocupaciones. Ya te imaginas a qué me refiero.

Se palmeó la pierna izquierda. Se había apretado bien la rodilla con un trozo de tela; aun así, sabía que cuando se acostara a dormir y lo aflojara, el dolor se haría insoportable. Cuanto más aguardiente se metiera entre pecho y espalda hasta entonces, tanto mejor.

Roland meneó la cabeza.

—Seguramente habrá que buscar algún remedio mañana. Alguna infusión que te alivie, o no podrás moverte. Keith el Cojo... —Suspiró—. Keith *el Insensato*, te va mejor en algunas ocasiones.



—No puedo vivir a merced de lo que me dicte esta jodida cojera —replicó él—. Tenía que llegar, y punto. No quería pasar otra noche al raso. Y tenía que hablar contigo. Ahora, como te dije, estoy escarmentado y me interesa enmendarme. Tomar el camino sencillo. Ya no quiero fama, no quiero apuntar alto. Me basta con haber sido el títere de los nobles una sola vez.

—Los nobles son el perro y nosotros somos las pulgas, Keith. —Roland alzó el vaso, como si propusiera un brindis—. Esa es nuestra profesión.

—Bueno, pues entonces digamos que me quedaré en los escalafones más bajos. A partir de ahora, nada de duques.

El otro río.

—¿Es posible lo que me imagino, primo? Dices que ya no quieres apuntar alto... ¿Es posible que lo que quieras sea dejar que te pongan un bocado, meterte al redil, acudir al comedero con todos los demás? ¿Entrar en las filas del muy noble, muy heroico, muy bien retribuido y, sobre todo, muy poco excitante Gremio de Mensajeros, Correos y Heraldos?

—Imaginas bien. —El Cojo tomó un trozo de queso—. ¿Puedes ayudarme a ingresar en el Milano?



II



El demonio, unos cuantos diablillos, varios erizos y toda una cohorte de goblins con tridentes se habían dado cita para montar una fiesta en la rodilla izquierda de Keith cuando despertó, a la mañana siguiente. Tuvo que apoyarse en un bastón para poder andar, algo harto humillante y que provocó bastantes reproches por parte de Roland, aunque se trocaron en chanzas conforme avanzó el día. Lo dedicaron a comprar ropa, viandas y un buen caballo. Fue a ver al herrero y le encargó que templara dos buenas espadas de estilo oriental, una un tanto más corta que la otra, y que grabara en ellas la máxima que había ostentado en las antiguas: “Protege a la entrega antes que a ti mismo”. Después acudió al barbero, a quien encomendó la importante tarea de encargarse de aquella maraña de pelo rebelde en su cara; le alegró sobremanera recuperar su cuidada barba corta.

Con las necesidades materiales satisfechas durante las horas diurnas, por la noche se hizo preciso atender a otras más elevadas: comieron en abundancia, bebieron, jugaron, corrieron para no ser apaleados e hicieron la ronda de rigor por los burdeles.

Otros en la misma situación que Keith habían sido liberados antes de tiempo, aunque a ninguno se le veía por Bridunum. El caso de la querrela por los Siete Lagos, no obstante, había sido sonado, debido a la gran cantidad de nobles que se habían visto involucrados y las consecuencias que todo ello tuvo en la política de la zona, por lo que el nombre de Keith, a pesar de todo, era conocido. Pronto atrajo cuchicheos y miradas de reojo. Su rostro no era llamativo, pero sí la cojera que le valía el apodo, por la que le reconocían. Apenas cinco días después de su llegada, el mensajero había



cambiado su despreocupación y alegría por bufidos constantes, gruñidos y caras largas. Quería marcharse de allí cuanto antes. No sólo deseaba volver a pasar desapercibido, sino volver al trabajo.

Roland hizo lo posible por serenarle.

—Tengo un par de encargos, dos misivas que entregar por aquí cerca, y podremos irnos —le repetía.

No le engañó, por supuesto. Keith consiguió aguantar dos días más, en parte gracias a la profunda exploración que perpetró en la bodega de su primo, con resultados satisfactorios. Por fin salieron en dirección a Vaystrad, dejando atrás las colinas nevadas y los puestos de pieles, las aguas heladas. Por el camino del sur, de nuevo. A la ciudad donde anidaba el Milano.

—Desde luego, tu elección es propia de ti. —No era la primera vez que Roland lo comentaba; al parecer le sorprendía, o fastidiaba, en extremo—. El Milano... De todas las Casas del Gremio es la más concurrida. Y donde hay más enfrentamientos y puñaladas traperas. Estoy seguro de que incluso mi amigo, al que pediremos que nos sirva de contacto, te diría lo mismo. ¿No te convence el Martín Pescador? ¿O la Garza? Dicen que hay muchas mujeres en ella...

—No sé qué estás imaginando de mí. Voy a tomarme esto en serio —gruñó Keith. Cabalgaba unos metros más atrás de su pariente, pues la yegua que había comprado era joven: hacía poco que había sido domada y todavía se mostraba inquieta y rebelde. Le costaba hacerla obedecer y evitar que su paso se desviase del camino hacia los arbustos—. No pretendo hacerme notar, si es lo que piensas. Ya te lo dije: mis deseos han cambiado. No puedo dejar de ser mensajero, lo he mamado. Pero que le den a todas esas intrigas, esas mamarrachadas de las casas nobles... precisamente en el Milano, por eso que dices, puedo convertirme en uno más. Quiero realizar pequeños encargos, si acaso a generalillos que hayan ganado un pedazo de tierra y se crean importantes. Ganarme el pan y sanseacabó, como todo el mundo.

—Pero reconoce —le picó Roland— que te atrae la idea de ser bien considerado en el gremio más prestigioso de todos. Te gustaría. Sólo un poco. Llevar bien orgulloso la insignia con el milano, estar el primero en la lista de los encargos...

—Van listos si piensan que voy a coserme a las ropas ese pajarraco —escupió Keith.



Fueron varios días de viaje monótono. La monotonía, por supuesto, implicaba seguridad. Era algo en lo que se habían esforzado los condes de la zona, la única cosa en la que habían coincidido casi a la primera: era permisible y preferible que sus hombres se mataran entre ellos, una antesala inevitable antes de llegar a un acuerdo, pero tener que ocuparse de los bandoleros y montaraces resultaba un incordio, en nada favorable al curso de las relaciones diplomáticas. Cada uno a lo suyo. Ellos tenían que negociar e intrigar, y los salteadores de caminos... bueno, tenían que buscarse otras jurisdicciones.

Había puestos de guardia cada diez kilómetros, con un representante que tenía en la caseta todo lo necesario para poder pasar días enteros sin ser relevado (uno de los oficios más divertidos del mundo, pensaba con sorna Keith). El estado de aletargamiento constante en que vivían estos guardias redundaba en la calidad de su sentido de la observación y, sabiéndolo, ahora los pillos habían adoptado otra filosofía de trabajo. Nada de saltar entre los arbustos, nada de vestir de manera sospechosa y portar largos cuchillos al costado. Ahora pasaban a caballo, se descubrían como un viajero más. Sólo que, al contrario que un viajero más, cuando circulaban al lado de otro no daban los buenos días, sino que sostenían el puñal entre los pliegues de la manga con su mano más veloz y sisaban la bolsa con la otra. Los lugareños protestaban, la mayoría, aunque la tendencia comenzaba a ser la resignación. Al menos se terminaba llegando a casa con la familia; mucho mejor que acabar con las tripas abiertas al fondo de un socavón, al fin y al cabo. Los que realmente querían proteger sus pertenencias buscaban métodos alternativos, y así era como muchos acababan portando espadas, incluso aunque su manejo de las mismas fuese pobre o nulo. Otros, los más pudientes, contrataban mercenarios para escoltarles. Los menos pudientes no viajaban con guardias, sino que se prendían a las capas la insignia de su matón a modo de advertencia. Muchos de estos símbolos eran ya conocidos a nivel popular. El muchacho que se había escapado de la granja en busca de un futuro mejor, y planeaba conseguirlo a punta de cuchillo, sabía reconocer a la perfección si aquel emblema que representaba a Kovac el Oso era real o una farsa, y acababa por dar los buenos días al tipo que gozaba de tal protección y que en un principio había planeado desplumar. Como cualquier otro viajero.

La seguridad era, por tanto, una especie extraña que sabía adaptarse a las situaciones por sí misma. Roland y Keith eran de los que disuadían con sus espadas, y en su caso podrían haberlas manejado con suficiente



maestría. Ambos portaban dos, una a cada costado. No había muchos que contaran haberles visto blandirlas; al fin y al cabo, el trabajo de un mensajero es tranquilo, pacífico. Y los que les habían visto, quizás, habían perdido ya la capacidad de ver o contar cualquier cosa.

Así fue que el viaje resultó monótono, al menos hasta el quinto día, cuando se detuvieron en la posada *La Senda Escondida*.

Estaban ya apenas a medio día de Vaystrad, una de las poblaciones principales del reino y parte del ducado de Slaris. Orbitaban en torno a estas numerosas villas y pueblos menores; en algunos casos no eran más que granjas que se habían reunido por azar o necesidad, o lugares de paso de mercaderes y viajeros. Este era el caso de la población a la que llegaron, que recibía el nombre, posiblemente puesto por elegir alguno, de Los Cerezos, en honor a los árboles que jalonaban muchas de las calles. Contaba con diversas posadas, algunas tabernas y una gran plaza en la que se disponían carromatos de vendedores ambulantes, artistas errantes y echadores de fortuna. Desde lo alto de la loma donde la contemplaron parecía una gran flor o una cometa, pues había profusión de colores y brillos. Escogieron *La Senda Escondida* por ser la posada más alejada del centro de la villa y por su cuidado aspecto; prometía reposo y comodidad, después de los largos días de marcha en los que habían tenido que conformarse con pernoctar en establecimientos que eran poco más que cuatro tablas. Y sobre todo, porque un zagal granujiento correteaba cerca de todo el que llegaba, proclamando que la cerveza se encontraba aquel día a dos por una.

La posada no estaba escondida, pero sí que había que ir ojo avizor para llegar hasta ella: tuvieron que cruzar un puente sobre un sucio río en el que las tablas castañeteaban como los dientes de un mendigo, y seguir un camino que era poco menos que un barrizal, donde hubieron de guiar a los caballos con sumo cuidado, pues los agujeros en los que podían encajar los cascos estaban ocultos a la vista. No tuvieron dificultad en encontrar una habitación para los dos, ya que había muchas libres; no sucedía así con el salón, que se hallaba casi repleto hasta el techo de parroquianos. La oferta no era desdeñable y había atraído a casi todos los que en aquel momento estuvieran ociosos en el poblado. Se habían preparado bien para ello en la posada: tras la barra se veían cuatro grandes barriles de los que manaba la fuente dorada sin parar. Apenas tardaron un momento en arrojar el equipaje sobre el catre y bajar entusiasmados, con alas en los pies, a unirse al resto antes de que la parte que sabían destinada a ellos se terminara.

Era un lugar agradable aquel, lejos de la opresión de la ciudad, de las máscaras y los modales. Todos los que allí se encontraban venían de alguna



gran urbe, pero hubiera sido difícil especular sobre la procedencia exacta de cada uno. Compartían con desenfado noticias, cotilleos y consejos sobre el negocio, y lo mismo departía un peletero con un joyero que un criador de caballos con un vinatero. Había una verdadera hermandad, fruto quizás del mestizaje que solo podía verse así, en los caminos, en tierra de nadie. El buen humor, auspiciado sin duda por la cerveza y la comida, que no era por cierto mala, se le contagió a Keith. Y como no podía ser de otro modo, las almas errantes se acaban atrayendo. Sin saber cómo, acabó compartiendo la barra con otro mensajero.

Roland se había perdido entre la muchedumbre que contemplaba con el entusiasmo de unos chiquillos los trucos de manos de un tipo espigado, que se había puesto en pie sobre una mesa. Ahora parecía que iba a hacer una torre con varias jarras. Keith rio entre dientes, mientras masticaba un trozo del guiso de conejo que había pedido.

—Si le rompe todo eso al posadero, sí que va a tener que ser un mago de verdad para esfumarse de aquí —comentó. El mencionado se encontraba cerca, y en efecto miraba la demostración con preocupación.

—Ése no es un mago. No es más que un prestidigitador barato —masculló, mientras escupía un hueso de aceituna al suelo—. Los verdaderos magos no se ganan la vida así... Alguna que otra vez los hemos tenido por aquí, vendiendo pociones o buscando voluntarios para experimentos. Y casi nunca consumen nada, los bastardos.

El joven que se acodaba junto a Keith abrió desmesuradamente los ojos. Había dicho que se llamaba Ethan el Azor, y estaba de viaje en una entrega “muy importante”. Un apodo pretencioso para alguien que parecía llevar dos días afeitándose; sin duda se lo había puesto él. Llevaba la capa prendida al hombro con el broche de una Casa del Gremio de Mensajeros. Keith no las conocía todas, pero juraría que aquello parecía un gorrión.

—¿De veras? —se sorprendió—. ¿Y llegan así, tan tranquilos, pidiendo gente para esas aberraciones?

—No obligan a nadie. Si eres un estúpido y te quieres ir con ellos, es tu problema —replicó aquél—. Además, tampoco es tan grave. Muchas veces son experimentos de agudeza visual, cosas así. Sobre todo si el mago está al servicio de algún duque o de uno de esos bichos raros eruditos. Son inofensivos.

—Yo he oído otras historias. —Ethan se irguió—. Historias de gente a la que le han robado las entrañas y luego solo han podido vivir unos días después de que los soltaran. O mujeres embarazadas a las que les han quitado el niño.



—Diosa, qué asco. Son magos, no lamias —se burló Keith. Otro tanto hizo el posadero, con una carcajada estridente.

El muchacho frunció el ceño, visiblemente molesto.

—No es un cuento de viejas. Conocía a las personas a las que les pasó.

—Ya, por supuesto. Será el primo del cuñado de ese amigo de la infancia al que has vuelto a ver después de tantos años, ¿verdad?

Otra risotada del posadero. La ceja del Azor comenzó a palpar de manera nerviosa. Keith se sintió indulgente y decidió dejar a un lado la broma. Quién sabía, tal vez fuera aquella la primera vez que el chico salía con un encargo, no había por qué aguarle la emoción. Tuvo curiosidad, de repente, por saberlo.

—Y bien, ¿a dónde te diriges? Espero que tu cliente no sea un mago. —No lo pudo evitar, aunque sería la última vez, se aseguró—. De todos modos, sus cátedras no andan por aquí.

El giro de la conversación sí pareció del agrado del joven. Su semblante se transmutó y adoptó aquella máscara de suficiencia y confianza que tantas veces se repetía en los novatos. El Cojo se frotó las manos. Aquello prometía, pensó con diversión.

—Mi encargo es secreto, por supuesto. —Si a Keith le hubieran dado una gallina por cada vez que había escuchado aquella frase de labios de un colega de profesión, probablemente tendría todo un emporio avícola—. Están satisfechos conmigo en mi Casa y me han dado un cliente que ha pedido suma discreción. Aunque ya estoy cerca, por eso me he permitido este momento de relax.

—¿Relax? —El posadero hizo una mueca de incompreensión—. Ésa no es la marca de mi cerveza.

Keith se mordió los labios, agachó la cabeza y simuló que se rascaba los cabellos, intentando esconder la risa que estaba a punto de estallar.

—¿Y tu Casa —prosiguió, con cierta maldad— es de creación reciente? ¿Hay muchas... jóvenes promesas como tú?

—Bueno, promesas como yo hay, ciertamente. Pero mi Casa es bastante conocida. Incluso alguien como tú habrá oído hablar de ella. Es el Milano.

Ahora la sonrisa de suficiencia de Ethan se había ensanchado, era afilada como una cuchilla. Miraba desafiante a Keith, y la propia sonrisa de éste se torció. ¿“Alguien como tú”, había dicho? En los días que llevaba fuera de la cárcel se había sentido condescendiente y con una inusitada paciencia, incluso bajo el incómodo escrutinio que había soportado en Bridunum. Pero su orgullo comenzaba a desperezarse. Quería mantener



la fiesta en paz, por supuesto, mas no iba a consentir que un muchacho apenas destetado se le subiera a la barba.

—Claro, claro que la conozco. El Milano... —Movi6 la cabeza con fingido respeto—. Ya decía yo que me sonaba tu cara. Entonces tú debes de ser el chico de Lothar... ah, o el sobrino de Robert. Así le han pagado la deuda a tu tío, ya veo. Tienes suerte.

La posibilidad de que aquellos nombres existieran de verdad era harto remota... pero, qué diablos, también lo era que el joven conociera a todos los miembros de la Casa. En todo caso, la treta había dado el resultado que esperaba. El rostro de Ethan se congestionó, y no a causa del humo o la bebida. Su estallido de rabia coincidió con un sonoro aplauso del grupo congregado en torno al prestidigitador; al parecer había terminado su repertorio y este había sido del agrado del público.

—¡No soy ninguno de éstos! Estoy allí por pleno derecho. Me lo he ganado.

—Pues ten cuidado. —El Cojo se inclinó de pronto hacia él, su voz adoptó un tono sibilante, amenazador. A pesar de todo consiguió que le escuchara por encima del vocerío de alrededor—. Lo que se gana en los papeles se pierde en los caminos, chaval. Yo soy un don nadie, pero no te conviene ir hablando con esos aires a cualquier desconocido.

No esperó la respuesta, ni tan siquiera volvió a mirarle. Apuró su jarra de un largo trago, dejó las monedas en el mostrador y se retiró, no sin antes propinar un empujón con el hombro al Azor. Se abrió paso buscando a Roland, mas no vio rastro de él. No estaba entre el pequeño grupo que ahora rodeaba al artista y solicitaba una pinta de cerveza negra para él como pago por el espectáculo. El prestidigitador reía y abrazaba a algunos de ellos como si los conociera de toda la vida. Maldita sea, todo por hacer bailar unas cuantas jarras, gruñó Keith para sí. Desistió de encontrar a su primo tras errar unos minutos por la sala, por lo que decidió ocuparse de otros menesteres que reclamaban su atención.

Afuera el cielo sangraba ya de ocre y dorado, alejando el día en la llaga del horizonte. Los sonidos de la noche comenzaban a oírse: los grillos, la espesura, ese extraño silencio, sereno, que sólo campa en la oscuridad. Se dirigió a las cuadras, en la parte trasera del edificio. Un crío que salía de ellas acarreado un par de cubos le dio las buenas noches, él le respondió con amabilidad. Se colocó frente a la pared de piedra que delimitaba el terreno de la posada, y suspiró con satisfacción cuando su vejiga comenzó a vaciarse.

Se sentía bien, con el aire en la cara y el agradable olor que llegaba de los matorrales cercanos. No sabía identificarlo con certeza... quizás tomillo.



Se sentía bien después del rapapolvo que le había pegado al chaval. Tal vez había sido exagerado, pero necesitaba desahogarse. Quería volver a ser él mismo, recuperar su dignidad maltrecha. Los golpes y la humillación en la cárcel la habían arrinconado en su espíritu, como a un animal asustado. Ahora, por qué no, empezaría a dejarla salir, poco a poco, en su justa medida... Su brusquedad de aquella noche poco importaba, por una vez.

Escuchó unos pasos leves cerca de él. Pensó que sería el joven palafrenero de vuelta... mas se dio cuenta de su error tan pronto como giró la cabeza. De sus dos errores. No era el palafrenero. Y sí, había exagerado en la posada.

Ethan, pues no era otro, se quedó quieto, mirándole. Apretaba la mandíbula con furia, tanto que debía de estar doliéndole, se dijo Keith. Los ojos estaban vidriosos, como a punto de llorar. Estaba a tan sólo unos pasos, pero no avanzó. El Cojo tampoco se movió. No dejó de orinar.

—No tenías que hablarme así. No tenías que... insultarme. —El muchacho tartamudeó. ¿Estaba borracho, tan pronto? Keith suspiró. Terminó y se volvió hacia él, le miró a los ojos con dureza.

—No voy a disculparme, si es a lo que has venido. Si has venido a otra cosa... adelante, te cedo el puesto —dijo, haciéndose a un lado.

—¡No soy un niño! ¡Nadie va a tratarme así!

El grito sonó desgarrado, en exceso tal vez. Un gato que rondaba cerca de ellos se asustó y les dirigió una mirada de reproche antes de meterse detrás de un arbusto. Sorprendido, el Cojo se dio cuenta de que había algo más, algo que había golpeado y hecho añicos con su actitud en la sala. Aquel no era un comportamiento normal... ni siquiera para un novato que sale por vez primera al camino. También aquel chico tenía que desahogarse; también debía de llevar, sin duda, heridas recientes, todavía sangrantes, en algún lugar de su interior. Sintió un súbito remordimiento, y ya se disponía a hablar, intentando tranquilizarle, cuando Ethan se arrojó contra él.

No fue capaz de entender si quería darle un puñetazo o un cabezazo, o todo a la vez. Nunca lo supo, en cualquier caso. En un acto reflejo, Keith tan solo se apartó unos centímetros... y el joven embistió directamente a la pared. Ganó la pared, por supuesto. El Azor cayó al suelo de espaldas, inconsciente, abierta su capa como si realmente fueran las alas desmadejadas de tal ave. Una brecha carmesí brillaba en su frente.

—Oh, estupendo. Lo que me faltaba.

Se agachó, maldiciendo. Por suerte no había golpeado con demasiada fuerza, porque, de haber sido así, las irregulares piedras de la pared podrían haber causado algo más serio. Se metió una mano en el interior de la chaqueta,



buscando un pañuelo... y no había apenas completado el movimiento cuando sintió la súbita presión en su codo, los dedos que se cerraban con fuerza en torno a su otro brazo. No pudo evitar, víctima de la sorpresa y la presión repentina, que se lo retorcieran por detrás de la espalda, al tiempo que le golpeaban contra el suelo. Demasiado deprisa. Gimió.

La voz burlona resonó cerca de su oreja.

—Quieto. No sé si sabes cómo van estas cosas, pero si no te mueves, no hay dolor.

A ras de suelo, la vista de Keith divisó los pies que se aproximaban a Ethan, las rodillas que se doblaban a su lado y rebuscaban en sus ropas. Diablos, ¿cómo no los había escuchado llegar? ¿Habían sido tan sigilosos o es que había perdido facultades?

No se esforzó por soltarse. Sí, sabía bien cómo iban aquellas cosas. Aguardó pacientemente, conteniéndose, hasta que el segundo hombre encontró lo que buscaba. Lo extrajo con lo que era, sin duda, un movimiento veloz y experto de las manos, pero el Cojo estaba sobre aviso y lo cazó al vuelo: un pequeño tubo, probablemente el mensaje que el chico tenía que entregar. Una vez hecho esto, el tipo se incorporó. Keith sintió que la fuerza en su espalda disminuía. Se revolvió, se levantó también de un salto, apoyándose contra la pared, sin encontrar ya resistencia.

Los dos hombres estaban a unos metros de él. El que había cogido el tubo era un individuo delgado y no muy alto, cuya capucha le ensombrecía el rostro. Al que le había derribado (que se encontraba más cerca) lo reconoció sin esfuerzo: no era otro que el prestidigitador de las jarras. Este se frotó su nariz torcida antes de hablar:

—Bueno, ya puedes seguir con lo tuyo. Conviene que le pongas algo de hielo en la cabeza a tu amigo. Ah, y gracias por ahorrarnos una parte desagradable de nuestra tarea, aunque haya sido involuntario.

—Esto que hacéis, obstruir la labor de un mensajero oficial, es un serio delito. Os vais a meter en un buen lío cuando os pesquen —replicó Keith. No parecían palabras suyas, pero no se le pasaba otra cosa por la cabeza. Su interlocutor hizo un mohín.

—No habrá ese “cuando”. Porque todos vamos a seguir con lo nuestro, como te he dicho. No es asunto tuyo esto que ha sucedido, y no te va a servir de nada avisar a la guardia. Por una parte, ya estaríamos lejos de aquí cuando llegaran. Por otra parte, ¿qué hay del chaval? Te han visto discutir con él. Tiene una fea herida. Y probablemente cuando despierte sólo recordará que os habéis enfrentado aquí atrás. Con todo eso y lo que podría llegar a significar, yo, en tu lugar, me preocuparía más por mí



mismo y menos por este... pequeño hurto, otro de tantos que se cometen en este lugar cada día.

El Cojo calló. Los otros interpretaron su silencio como una aceptación y el prestidigitador asintió, complacido. En contra de lo que Keith esperaba no saltaron el muro, no echaron a correr para fundirse en la complicidad de la noche. Era evidente que todo les había salido mejor de lo que esperaban y se iban a permitir reforzar su coartada, al menos durante unos minutos, con una muestra de absoluta serenidad. Porque lo que hicieron, simplemente, fue regresar al interior de la posada, charlando como si nada.

Keith esperó unos instantes, lo suficiente para templar del todo su plan. Vendó como pudo la herida de Ethan, le echó la capucha sobre la cabeza y comenzó a andar con él, arrastrándolo de vuelta a la sala. La algarabía que allí reinaba todavía impedía que se fijaran en ellos; aun así, a los pocos que les miraban, extrañados por el exánime estado del joven, el mensajero les dirigía una sonrisa socarrona y despreocupada.

—Mucha bebida y muy pocos veranos —decía.

Por suerte, ahora sí localizó a Roland. Este también lo vio y supo interpretar a la perfección la estampa: su rostro circunspecto, los movimientos de ceja con que le llamaba, el desconocido que colgaba de sus hombros. Keith comenzó a subir las escaleras en dirección a su habitación y su primo le siguió con presteza, abriéndose camino entre los cuerpos sudorosos. Entraron, se aseguraron de echar el cerrojo y depositaron con cuidado a Ethan en el camastro.

—Ante todo, que no se despierte todavía —bufó el Cojo, estirando hacia atrás el cuello. Roland se cruzó de brazos.

—Ya puedes comenzar con esa explicación.

—Antes dime una cosa. —Keith tomó el broche de la capa del muchacho—. ¿Este escudo es el del Milano?

—Diablos, sí. —Su primo abrió mucho los ojos—. Piensas entrar con buen pie en la Casa, por lo que parece.

—Puede que sí, puede que no. Depende de si consigo lo que me propongo.

Habló apresuradamente mientras le quitaba la capa a Ethan. Se la puso, cuidando de esconder con un pliegue la insignia.

—Yo no le he hecho nada al chico, ha sido un accidente. Pero unos tipos lo han aprovechado para robarle. Están todavía ahí abajo, querrán que todo el mundo los vea comportarse normalmente para que nadie sospeche después, y de paso asegurarse de que he hecho lo que me dijeron... Ja, me han tomado por un cretino. Pero les seguiré el juego. Un poco.



Roland había perdido la costumbre de aquellas extrañas peroratas, de los pensamientos atropellados de su pariente que sustituían a las explicaciones. Aun así, fue capaz de entrelazar ideas y sacar una respuesta concreta.

—Keith, no te metas en lo que no te importa. Recuerda de dónde acabas de salir —le previno. La misma situación de antaño: la advertencia preocupada, la mirada entre socarrona y temeraria frente a él. Suspiró. Ya sabía lo que vendría a continuación.

—Si aún no se han marchado, puedo adelantarlos. Ya sabes que soy rápido cuando quiero, eso se lo debo a las enseñanzas de tu padre. —El Cojo rio, le guiñó un ojo en un intento de tranquilizarlo. Tomó las espadas que había dejado apoyadas en un rincón de la habitación y se las ciñó—. No te preocupes, no voy a meterme en más líos de los necesarios.

—Ah, eso está muy bien. Todo el mundo necesita meterse en líos, en los justos. Eso me relaja mucho, sí —gruñó Roland. Como de costumbre, se quedó hablando solo: el mensajero salió raudo de la habitación antes de que terminara su protesta. Se sentó en una silla, sacó una petaca de brandy y rogó a aquel extraño dios de los insensatos, que al parecer tenía tanto aprecio a Keith, que volviera a protegerlo.



El Cojo bajó con sigilo. Se pegó a la pared en los últimos escalones, antes de descender a la sala. Buscó con la mirada a los dos ladrones y los encontró en la barra, convenientemente situados para contemplar quién bajaba de las habitaciones. El prestidigitador enseñaba un truco de cartas a una joven risueña; el otro, sin embargo, permanecía ajeno, sombrío, vuelto el rostro encapuchado hacia donde se hallaba Keith. Por suerte no pareció advertir su presencia. Sólo tuvo que esperar un par de minutos, el tiempo suficiente para que terminara el truco y los hombres se cerciorasen por última vez de que había seguido sus instrucciones. Sin duda le creían en la habitación, cuidando de Ethan y haciendo caso omiso al percance. Cualquier tipo con dos dedos de frente lo haría así. Por fin decidieron marcharse; el artista dio evidentes muestras de cansancio y le escuchó comentar a un parroquiano que ya era hora de irse a la cama. Un par de despedidas efusivas, palmadas en la espalda.

Tan pronto como traspasaron el umbral, Keith salió de las sombras de su escondite.

Se asomó por la ventana principal de la posada. Los vio alejarse por el camino de la entrada, aquél por el que Roland y él habían llegado. No



tenían caballo, o al menos no lo habían dejado en las cuadras. Y no corrían, aunque avanzaban a paso vivo. Eso les situaba en las mismas condiciones que él. Si seguían el mismo trayecto que conocía, las cosas iban a salir mejor de lo que esperaba.

Aguardó hasta que se diluyeron en la tenue oscuridad. Aún no había caído del todo la noche, y el cielo se dormía lentamente en un lecho añil. Salió de la posada y siguió sus pasos, mas no por el barrizal que hacía las veces de senda hasta allí; como era su costumbre, había observado aquella tarde hasta el más nimio detalle que le rodeaba, las trochas, arbustos y desniveles, y ahora todo se ordenaba deprisa en su mente, componiendo un mapa en el que veía las líneas que debía seguir. Las obedeció casi sin pensárselo, y con aquella agilidad de gato montés que sabía aprovechar se internó por los matorrales, se guio por las sombras, dio un par de vueltas y revueltas, tan rápido como sus piernas se lo permitían, para evitar que pudieran descubrirle. Toda precaución era poca incluso allí, en las afueras, donde no se divisaba más que algún cortijo lejano, desde el que llegaba el ladrido de los perros o el crepitar de una hoguera. Ni un alma se cruzó con él; toda la vida se hallaba concentrada en el corazón de Los Cerezos, en sus tabernas y espectáculos noctámbulos.

Finalmente llegó hasta donde se proponía. Pisó con cuidado y comprobó lo que había imaginado; se situó justo en el lugar que quería sobre el puente. Ahora, si no se había equivocado, sólo tenía que recuperar el aliento y esperar.

Llegaron antes de que hubiera podido recobrase del todo. Los pulmones todavía le ardían y el sudor se le congelaba en la frente; la rodilla protestaba, aunque en momentos como aquel sabía bien que no iba a ser escuchada. Pero su figura, erguida en mitad de la pasarela, debía de parecer serena y confiada. Pues en el rostro de los recién llegados no sólo se dibujó la sorpresa, como era de esperar, sino el temor.

Los ladrones se miraron, maldijeron entre dientes. El más bajo se llevó rápidamente la mano al costado, pero el otro le detuvo con un gesto. Se adelantó y se quedó justo a la entrada del puente.

—Te había tomado por alguien sensato —masculló.

—Agradezco el cumplido —dijo Keith con una amplia sonrisa—. Pero tendrías que haberme tomado por algo más. —Con un teatral movimiento, se echó hacia atrás la capa, dejando a la vista el broche del Milano—. Soy también miembro de la Casa, y mi labor era garantizar la seguridad de Ethan en el cumplimiento de su misión. Ya os dije que vuestro delito os saldría caro.



Había procurado dar a su voz la entonación más impresionante que pudo, aunque quizás, a juzgar por el silencio que siguió a sus palabras, había exagerado. No parecían amedrentados ahora. El prestidigitador enseñó unos dientes de conejo.

—¿Esto qué es, un añadido al precio por contratar un mensajero? ¿Ahora el Milano proporciona escoltas? Sabía que el duque Slaris era un poco paranoico, pero no imaginaba que ni siquiera utilizara a sus propios hombres para estos menesteres.

Keith frunció el ceño. La palabra “duque” había restallado como un latigazo en sus oídos, pero se conminó a no pensar en ello. Se retiró la capa a ambos lados y posó las manos en las espadas.

—No creo que quieras llegar a esto, ¿verdad? —amenazó.

—¿Es una broma? —El ladrón de nariz torcida parecía cada vez más divertido y menos impresionado—. Vaya, a lo mejor he visto mal. Me pareció ver que éramos dos contra uno, y eso, en mi pueblo, es sinónimo de desventaja. Para el que está solo, claro. Escúchame, milano. Primero te tomé por un hombre sensato. Ahora, por un hombre leal a su trabajo. —Un gesto veloz, las manos volaron hasta el interior de las ropas y de pronto en ellas brillaron sendas dagas anchas—. Piénsatelo bien antes de que tenga que tomarte por un suicida.

—Venga, hombre, ven aquí. —Keith se escupió en las manos, desenvainó las espadas y se colocó en posición defensiva, cruzándolas por delante de sí. La hoja corta más adelantada que la otra: una guardia que le hacía perder algo de terreno frente al otro pero a cambio le permitía mayor velocidad—. Sabes que no me voy a ir sin ese tubo y que no me lo vas a dar por las buenas. Vamos a terminar pronto y te podrás ir a jugar con las jarras, si sigues teniendo manos.

El prestidigitador agitó la cabeza y suspiró. Luego, como la calma se transforma en tempestad sin un aviso previo, lanzó un grito y echó a correr hacia Keith. Los ojos se le enrojecieron, la primera daga se descargó en una media luna hacia el hombre.

El Cojo reaccionó de la manera más inesperada. No se inmutó, aguardó a que hubiera recorrido los escasos metros que les separaban y a tenerlo casi encima... y se echó hacia atrás, golpeando el suelo del puente justo donde sabía que debía hacerlo. Y el puente respondió a sus expectativas. La tabla se levantó bruscamente, y fue a encontrarse con la barbilla del ladrón en un doloroso saludo. El tipo soltó un gañido, se derrumbó como un saco viejo, todas las maderas temblaron. Keith tuvo que agarrarse como pudo, sin soltar la espada, a la cuerda que hacía las veces de barandilla.



El prestidigitador, empapado el rostro y el cuello de sangre, tan solo acertaba a balbucir sin coherencia. El mensajero le quitó las dagas de las manos flácidas y las arrojó al río. Con la punta del pie rebuscó en sus ropas, sin mucho afán. Después también lo arrojó a él de un empujón, antes de que pudiera recuperarse. Se escuchó un sonoro clonc, probablemente su cabeza contra las piedras del fondo. No era un río muy profundo.

—Ya sé que tú tienes el tubo —habló al otro tipo. Este se había quedado muy tieso, todavía a la entrada del puente—. Y sé que eres orgulloso y no estás pensando en salir huyendo. ¿Me equivoco?

«Por favor, espero que no», rogó Keith en su interior. Se estaba propasando con las bravuconadas y podían empezar a fallarle. Por lo visto el dios de los insensatos estaba ocioso aquella noche. Porque en efecto el ladrón bufó, blasfemó, y avanzó unos pasos.

—¡No puedo huir cargando con ese imbécil, y a saber qué te contaría cuando despertara! Así que es tal como piensas. —La voz era aflautada, se sorprendió el Cojo. Escuchó el sonido metálico y vio la espada corta surgir del cinto... pero no prestó atención, porque se había quedado sin habla. Su oponente se había quitado la capucha y había dejado al descubierto un rostro, ovalado y pálido, de mujer.

La mirada desconcertada de Keith hizo soltar una carcajada a la ladrona.

—Ah, así que eres de esos. Ahora me dirás que tú no peleas con mujeres, que tu padre se revolvería en la tumba si lo hicieras. Que eres un caballero, ¿verdad?, y los caballeros podéis acuchillaros entre vosotros pero no tocar un pelo a una mujer. —El mensajero siguió callado, y ella avanzó un poco más. Envalentonada, hizo girar la espada con un movimiento ágil de muñeca—. Me encantan los tipos como tú... sobre todo porque las mujeres indefensas podemos apalearnos sin que mováis un dedo, no sea que perdáis vuestra gallardía. Vamos, bastardo.

—Sí, el que seas una mujer cambia las cosas —murmuró Keith. Retrocedió, se movió a la derecha.

—Claro que sí —se burló ella—. Adelante, usa esas espadas, ¡o déjalas a un lado si prefieres ser un buen caballero!

Keith golpeó el suelo con fuerza.

Las tablas se bambolearon, y aquella sobre la que se hallaba la ladrona se levantó, tal como había hecho la que había golpeado a su compañero. Ella bufó, no iba a caer también en el truco.

Dio un paso hacia atrás con agilidad... y la madera en la que se posó cedió con un estruendo. Se abrió un boquete en el que cayó, quedando atrapada hasta las axilas. Casi parecía abierto ahí para ella.



—Cambia las cosas. Qué suerte he tenido. —El Cojo rio—. Sabes, me fijé antes en ese hueco en el puente. No puedo evitarlo, me distraigo con cualquier tontería. Y me dije: “Eh, qué pena que no pueda utilizarlo, a menos que el que se coloque encima no tenga mucha envergadura... como una mujer”.

Pocas veces había escuchado el mensajero una sarta tal de improperios, votos al diablo e insultos tan obscenos que casi le hicieron ruborizarse. No se arriesgó a ponerse al alcance de la mujer, que todavía podía mover los brazos; con un golpe del canto de su espada, la de mayor longitud, le hizo soltar la suya.

—No me interesa escuchar todas esas extrañas aficiones que estás atribuyéndole a mi madre —gruñó—. Lo que quiero que me digas es dónde está el duque Slaris. Vosotros debéis saberlo.

La ladrona enarcó las cejas.

—¿Acaso tú no? ¿Dónde iba Ethan, entonces?

—Yo soy un mercenario —mintió una vez más—. Tenía que escoltarle hasta aquí únicamente. Pero ahora tengo que terminar su trabajo, y él no está en condiciones de darme la información. Dímelo tú. Es lo menos que se le debe a alguien a quien acabas de tachar de hijo de varias decenas de animales de granja.

—Vete al pozo más negro del puto infierno.

Keith suspiró, al tiempo que envainaba las hojas gemelas.

—Bueno. No creo que esté ahí el duque. No me agrada la elección que me dejas, pero no puedo pasarme aquí toda la noche.

Se descolgó por un lateral del puente y descendió al río. No era profundo en aquella zona, tan solo le cubría un poco más arriba de la cintura. Recolectó en la orilla varias ramitas y volvió hasta donde sobresalía la parte inferior del cuerpo de la mujer. Esquivó sus patadas hasta que consiguió agarrarle una pierna y despojarla de la bota. Agarró el pie con fuerza, quebró una de las ramitas y colocó la astilla sobre la uña del dedo meñique. El resto las aferró con los dientes.

—Yo no podré hablar mucho —masculló—. Tú puedes empezar cuando quieras.



Roland estaba dormido, arqueado como una marioneta en la silla, cuando escuchó los golpes en la puerta. Se sobresaltó y se levantó de un brinco.



—Estás entero, a simple vista —saludó a su primo al abrir. Este asintió, sonriendo—. Más de lo que esperaba.

—Eres un hombre de poca fe —lo regañó aquél.

Entró, comenzó a quitarse la capa. Su compañero observó las manchas de fango y los pantalones empapados.

—Bueno, ¿has recuperado lo que le quitaron al muchacho? —inquirió Roland, señalando a éste con la cabeza. Ethan no había recobrado el conocimiento aún; ahora roncaba como si en verdad durmiera una tremenda curda.

—Mejor que eso. —Keith se sentó en la silla y comenzó a desatarse las botas—. He cumplido con su misión y he entregado la misiva a su destinatario.

El otro mensajero cerró los ojos. Se frotó los párpados, se concedió unos segundos para asimilar lo que había oído. Con calma.

—¿Que has hecho qué?

—No me dirás que también eso te parece mal.

—Oh, no, no. Es magnífico. Quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón, ¿verdad? Pues ya te encargarás tú de explicárselo al Milano. Porque se van a enterar y te van a pedir explicaciones. ¿Y cómo te has identificado? ¿Tienes idea de cuál es la forma oficial de hacerlo? Seguro que eres tan idiota que le has dicho tu nombre sin más a quien quiera que fuera el cliente.

El Cojo desvió la mirada. Carraspeó.

—Él lo preguntó. No vi nada de malo en decírselo.

—Claro. Te podías haber tomado un té con él también y haber esperado a que amaneciera. Anda, vamos a llevar al chaval a su habitación. Le he preguntado al posadero y le expliqué que se había emborrachado y se había caído. Lo que nos faltaba sería que murmurasen que hemos intentando violarle o algo parecido.

—No seas siempre tan agorero —protestó Keith mientras intentaban levantar a Ethan entre los dos—. Joder, parece que ha engordado siete kilos sólo durmiendo. Cuando despierte se lo explicaremos. Le parecerá bien. Y a sus superiores también, estoy seguro.

—Yo preferiría que nos fuéramos ahora. Antes de que despierte —replicó Roland—. Si azuzamos a los caballos podemos llegar a Vaystrad al amanecer, y quizás tendrás oportunidad de dar una explicación convincente antes de que ellos te la quieran sacar a palos.



III



La predicción de Roland resultó bastante cercana a la realidad. Los caballos respondieron bien; eran bestias jóvenes y llenas de energía, y agradecieron partir con el temprano rocío. Pusieron todo su empeño y cabalgaron con entusiasmo. El resultado fue que, cuando llegaron, Vaystrad comenzaba a despertar, sus puertas y ventanas se abrían como innumerables ojos y oídos.

Keith nunca había estado en una ciudad tan populosa, a pesar de que Bridunum era una de las urbes más importantes del norte y del ducado de Colborn, y la que mejor situada estaba: en un valle protegido por las montañas pero sin ser constreñido por ellas, más que generosamente regado por corrientes fluviales y lagunas. Contaba con un constante ir y venir de comerciantes, especialmente cuando llegaba el deshielo. Había llegado a conocerla como la palma de su mano, algo de lo que se había sentido bastante orgulloso hasta que, cansado, había decidido probar fortuna en otros lares, en las campiñas y salones de la nobleza. A pesar de todo, no olvidaba su crianza y se consideraba un tipo de ciudad. Un gato callejero. Se sentía en su salsa entre los rostros desconocidos y las historias que estos contaban en su imaginación, mucho más interesantes, por supuesto, que las reales. Sin embargo, no esperaba que Vaystrad fuera tan diferente. Se quedó pasmado cuando las callejuelas desiertas que tomaron al principio terminaron desembocando en amplias avenidas con carteles variopintos, con carrromatos y carretas que se cruzaban sin cesar y niños que saltaban entre ellas desafiando al peligro de las ruedas. Con gentes que vociferaban, gentes que gesticulaban, gentes que caminaban como si llevaran la prisa cosida dentro de los pantalones; aquellas casas inmensas



de piedra gris coronadas por gárgolas, unicornios y wyvernos... Su semblante debía de haberse tornado tan extraño como le parecía el latido de su corazón, desbocado y encogido al mismo tiempo, pues Roland, una vez se detuvieron en la entrada de una plazuela, le miró y dejó escapar una carcajada.

—¿Qué pasa, primo? ¿Te has quedado sin habla? No es lo mismo estar aquí en medio que ver las cosas en un libro de grabados, ¿verdad? —Se había abrochado la capa al cuello con la insignia de su Casa, algo que no hacía habitualmente. En realidad tampoco él había estado más de tres o cuatro veces en la ciudad, pues la sede de su grupo no se encontraba allí. Había tenido, no obstante, varias ocasiones para visitarla: durante alguna reunión general del Gremio, o con la excusa de acudir a aquellos famosos y enigmáticos bailes de máscaras de verano, en los que con un poco de suerte podías acabar encontrando que aquella máscara de mariposa que tanto te miraba escondía a una hermosa mujer (otras veces, para su desgracia, había encontrado sorpresas menos agradables y más velludas, pero se trataba de un vergonzoso secreto que, Roland estaba seguro, se llevaría consigo a la tumba). En todo caso, le henchía de orgullo la idea de poder sentirse superior a su pariente, aquel trotamundos cuya facilidad de adaptación más de una vez había envidiado; al menos durante unas horas, hasta que se acostumbrara a la ciudad.

De seguro no pasaría mucho tiempo sin que ello sucediera. Keith lo contemplaba todo con asombro, pero al mismo tiempo aquel diminuto cartógrafo que habitaba en su memoria grababa a fuego, a toda prisa, los detalles, las calles, los sonidos. Se aproximó a un gran cartel en el que se señalaban los principales establecimientos de la zona, y lo examinó con notorio interés.

—Qué gran idea esta. Espero que al que se le ocurriera le hagan un monumento. —Señaló con la barbilla la estatua que se erguía en medio de la plaza, un general que enarbolaba de manera majestuosa el sable—. Como a ese tipo. Fíjate, si tuviéramos indicaciones así en Bridunum los extranjeros no tendrían que andar de puerta en puerta preguntando dónde está el ayuntamiento o dónde se bebe la mejor cerveza.

—Quizás. Pero entonces los mendigos perderían oportunidades de conseguir alguna que otra moneda. De todos modos, no creo que nos hiciera falta. Vaystrad debe de ser el doble de grande. Y muchos de los gremios principales de Fyngaia tienen aquí una sede de gran tamaño desde la que coordinar su actividad. —Roland bostezó, se estiró—. Es normal que necesiten de estos métodos para que la gente no se pierda cada dos



por tres. Bueno... —Echó un vistazo él también al cartel—, creo que conozco alguna de las posadas de por aquí cerca. Hum... *La tarde dorada*, si no recuerdo mal es un sitio pequeño y barato. No queremos otra cosa ahora mismo, de modo que...

Keith había dejado de escucharle. Un aviso del cartel había llamado poderosamente su atención desde hacía unos instantes. Soltó una exclamación de euforia.

—Casi se diría que me estaban esperando. Mira esto. —Señaló un anuncio que a todas luces pretendía destacar entre lo demás, escrito como estaba con letras grandes y chillonas. Su rostro se mostraba radiante, y su primo entendió el porqué enseguida. En cualquier época del año, Vaystrad acogía alguna feria o exposición, destinada a mostrar las bondades de algún gremio. En esta ocasión se habían reunido gran cantidad de representantes del sector gastronómico. Imaginó sin esfuerzo puestos y tenderetes repletos de platos de toda clase, algunos exóticos, algunos tradicionales, otros difíciles de definir—. ¿A que no sabes cuál es una de las primeras cosas que me propuse hacer en cuanto saliera en libertad? —añadió alegremente Keith.

—Comer hasta hartarte, supongo —acertó Roland—. Me parece muy bien. De veras, sé que te mereces disfrutar después de lo que has pasado. Pero primero tenemos que encontrar a mi amigo. Si realmente sigues interesado en el Milano y queremos que interceda para conseguirte una entrevista, deberíamos hablar con él antes de que se haga más tarde. Mejor que sepa cuanto antes de tu... “incidente”, y mejor de nuestros labios.

—De mi servicio desinteresado para el Gremio, habrás querido decir.

—Ya, ya. No me hagas decirte el nombre que se me pasa a mí por la cabeza. Vamos. Si no me falla la memoria, podré localizar el camino a su casa desde aquí.

No se hallaban lejos, en efecto. Roland tan solo tuvo que preguntar un par de veces. No era bueno recordando los nombres de las calles, pero sí contaba con puntos de referencia que le ayudaban a orientarse: una columna curiosa aquí, una tienda allá. Finalmente localizaron la puerta estrecha, escondida en la fachada de un edificio de ladrillo, junto a otras tantas iguales. Un muchacho de unos quince años les abrió. Les indicó que su padre, Boyle, mensajero con veinte años de servicio a sus espaldas, no se encontraba en casa en aquel momento. De hecho ni siquiera se encontraba en la ciudad. La cercanía de la primavera le había puesto melancólico y había decidido tomarse unas semanas de merecido descanso en un balneario cercano.



La noticia les cayó como un jarro de agua fría. Se sentaron en un portal, desanimados. Las posibilidades que se les ocurrían no resultaron más alentadoras: viajar hasta el balneario e interrumpir su reposo, cosa que no ayudaría a que el tipo viera su petición con buenos ojos, o mandarle un mensaje solicitándole su regreso, inventando alguna excusa que pareciera urgente. Keith comenzó a esmerarse en esto, y su imaginación empezó a desatarse por derroteros sorprendentes, pero no tardó en desistir. Para qué engañarse. Parecía que, finalmente, no les quedaba más salida que intentarlo sin contactos como cualquier hijo de vecino.

—La taberna *Cuatro Piedras* es la sede del Milano —explicó Roland—. Nunca he estado, pero dicen que es bastante grande. Supongo que la encontraremos con facilidad.

—De acuerdo. Pero esperemos hasta esta tarde. —Por algún motivo, Keith se sintió amedrentado de repente. No le asustaba la perspectiva de que descubrieran su “servicio desinteresado” de la noche anterior, como quería meterle en la cabeza su primo. Mas de pronto fue consciente de lo insignificante que él mismo se veía, en medio de aquellas calles enormes, de aquellas vidas, en una ciudad que era el centro del mundo de aquella región. «Imbécil», se recriminó, «es lo que deseas, ¿no? Ser uno más. Estar dentro de algo grande, algo que te supere... una gota más que ayude a formar el charco».

«Claro que sí. Pero no pensaba que impresionase tanto, así de sope-tón».

Roland discrepó: esperar hasta la tarde era demasiado arriesgado. Keith accedió a sus requisitos sin protestar mucho. Mejor sería dejarlo todo atado aquella mañana, o empezado, al menos: buscar una posada, desayunar en condiciones y después ir en busca de *Cuatro Piedras*. Escogieron *La tarde dorada*, y tal como habían previsto no tuvieron dificultad en hallar alojamiento. Era un lugar pequeño pero acogedor, en nada parecido a las tabernas asfixiantes y recargadas, más parecidas a hormigueros, a las que ambos estaban acostumbrados. Había cuadros en las paredes y un rincón, una pequeña platea cerca del fuego, en el que se reunía un grupo de poetas bohemios, dispuestos enseguida a declamar su obra a todo el que quisiera escucharlos. Pasaron la mañana con ellos. Roland, como era de esperar, se mostró muy interesado. Bebieron vino en vez de cerveza y pudieron escuchar, en lugar del vocerío y el entrecuchar estrepitoso de las jarras, conversaciones sosegadas, a media voz, de los parroquianos acerca de la ciudad, de la política reciente y, sobre todo, de la feria de gastronomía.



El recital se prolongó durante al menos un par de horas. Curiosamente, fue Keith el que pidió volver a escuchar algunos sonetos, para agrado de los escritores y desconcierto de Roland, quien sabía que no era demasiado amigo de la poesía.

—Cuanto más intentes perder el tiempo, más va a jugar en tu contra —le advirtió éste, con aire filosófico.

—No sé de qué hablas. Quiero escucharlo de nuevo. De verdad.

El propio mensajero se sentía cada vez más airado consigo mismo. El valor se escondía de él como un animalillo travieso. No era un crío, maldita sea. Lo intentaba, demonios, pero no encontraba el modo de dar el paso, de levantarse y partir al fin hacia donde aguardaba el Milano. No sabía qué iba a decir o hacer, pese a haberlo meditado con encono. Postergó el momento más de lo aconsejable, sin duda. Fueron necesarias al menos cinco copas de vino y el comienzo de una serie de versos realmente nefastos para que se pusiera en pie, con ímpetu, sobresaltando incluso a los que le rodeaban.

—Bueno, ¿a qué estamos esperando? —exclamó—. Roland, cuando quieras.

El posadero les dio indicaciones precisas. No les sería complicado encontrar la calle que desembocaba en *Cuatro Piedras*, pues era una de las que salía de la Plaza Mayor. Deberían retroceder un tanto, pero no tenía pérdida.

Y no la hubo. El Milano llegó a ellos antes de lo que esperaban.

Nada más salir por la puerta y ver a aquellos dos tipos que se volvieron hacia ellos, supieron que les estaban buscando. Uno de los hombres era nervudo, lucía un chato sombrero azul y un bigote rubio cuyos extremos se le enroscaban hacia los pómulos, como si quisiera hurgarse las orejas con ellos. El otro era notablemente más alto, más corpulento y, como demostró enseguida, más silencioso.

—Buen día, caballeros —saludó el primero, adelantándose con presteza. Se colocó frente a ellos, y su compañero tras él—. Keith Breda, a quien llaman el Cojo. No me equivoco, ¿verdad?

—Ah, en absoluto. Es este de aquí.

—¡Roland!

El recién llegado sonrió, y ahora el bigote parecía querer escalar hasta lo alto del sombrero.

—Supongo que ya habrá imaginado de parte de quién venimos. —Levantó la mano izquierda: en ella llevaba un guante con aquel gorrión pintado. «Milano, milano», se corrigió Keith. El otro tipo portaba la



insignia en el broche de la capa, como era más corriente—. Le agradecería que nos acompañara. Por aquí, por favor. —Extendió la mano calle arriba, en dirección contraria a donde, se suponía, se hallaba *Cuatro Piedras*. Keith, receloso, les miraba a ambos de hito en hito, especialmente al mudo acompañante. El tipo rubio lo advirtió—. No se asuste por mi amigo. Le rogaría que no juzgara sus intenciones por su aspecto. La suya fue una generación bien alimentada, nada más.

El Cojo gruñó algo similar a una aceptación. Se metió las manos en los bolsillos. Los dos milanos le flanquearon. Antes de marcharse, el que había hablado se volvió hacia Roland, inmóvil en la puerta de la taberna.

—¿Le gustaría a usted venir? —le preguntó con amabilidad.

—No, no, muchas gracias. —Agitó las manos frente a sí—. Yo soy del Albatros, ¿ve? —añadió, enseñando su insignia—. Somos gente tranquila. El que roba las misiones a los demás es él.

—Cabrón.

—¡Suerte, primo! —le gritó Roland mientras se alejaban; la figura oscura, encorvada, cojeando más de lo habitual, no le respondió—. Te esperaré por aquí. Si te dan algo para morder, muérdelo.



Keith mordió. La boca se le inundó de un sabor pastoso.

Estaba realmente bueno. Con rapidez dio otro bocado, y otro más. El pastelillo desapareció antes de que la mujer se diera la vuelta. Le miró con extrañeza, sospechando sin duda lo que acababa de suceder.

—Eh, no olvides que no son para ti. Los tengo contados —amenazó Saru, aunque se trataba de un argumento difícil de creer. Keith se quitó las migas de la barba con un rápido gesto y sonrió de manera tan inocente como pudo.

—Descuida. No se me ocurriría.

—Ahí tienes otro cliente —le indicó ella, señalando con la barbilla.

El mensajero suspiró. Se limpió las manos y se acercó al mostrador. Desde el otro lado del puesto, un chiquillo contemplaba con ojos ávidos lo que se ofrecía expuesto en platos y bandejas. Había al menos una decena de posibilidades: arándanos, nata, manzana. Todo un universo de dulzura y posterior dolor de muelas con el que había soñado más de una vez.

—Deme uno de esos. —Señaló a los de calabaza con un dedo sucio, que empleó acto seguido para limpiarse la nariz.



Esbozó otra amplia sonrisa y maldijo para sus adentros. Odiaba el olor de la calabaza. La mirada ceñuda de Saru, clavada en él como una lanza, no le dejó lugar para la evasión; se giró de nuevo hacia la pequeña mesa, tomó los útiles y comenzó a preparar el pedido.

Nada de todo aquello tenía sentido alguno. Se lo habría repetido al menos veinte veces desde el inicio de la tarde. Los miembros del Milano le habían llevado a lo que parecía una casa cualquiera y le habían encerrado en una habitación; le habían hecho preguntas sobre lo sucedido, que él había contestado del modo más sincero posible. Seguramente Roland se habría llevado las manos a la cabeza, pero no sentía que tuviera nada que enmascarar. No obstante, no le quedó más remedio que darle la razón: al parecer había quebrantado alguna que otra norma del Gremio con su actuación, a pesar del resultado satisfactorio. Los dos tipos no parecían demasiado contentos. Se habían marchado y le habían dejado solo en aquel lugar durante cerca de una hora. Cuando volvieron, en contra de lo que esperaba no hubo golpes ni reproches, ni siquiera lo llevaron ante la autoridad. No, casi diría que eso había sido peor.

—Creo que es para hoy, ¿eh?

La ironía tenía su gracia, a pesar de todo. Tal como había deseado tan sólo unas horas antes, había por fin visitado a fondo la feria de gastronomía... desde dentro. Le habían conducido hasta donde se emplazaba la misma, un enorme parque al norte de la ciudad, y le habían llevado a aquel tenderete sin otra explicación más allá de lo que iba a ser su labor: ayudar a la encargada en el fascinante negocio de la elaboración y venta de pastelillos caseros. Una vez se convenció, con asombro, de que no le tomaban el pelo, intentó resistirse; y fue entonces cuando el tipo silencioso demostró que no solo estaba bien alimentado, sino que sabía hacer uso de una más que conseguida capacidad de intimidación. No le hizo falta más que un empujón y una mirada que lo golpeó como un rayo. Se resignó y se puso con diligencia a las órdenes de la tal Saru, quien lo instruyó en pocos minutos. Y ahora la tarde caía, derramando el sol sobre las aguas de un gran estanque que era el corazón del parque, donde los cisnes se exhibían con orgullo. Llevaba horas, ya no sabía cuántas, en aquel menester... y seguía sin saber qué querían de él o cuándo terminaría aquel sinsentido.

Había algo más, algo que lo retenía y le infundía paciencia. Después de todo, las palabras de Roland encerraban la verdad: si todavía le quedaba alguna esperanza de acercarse al Milano, no debía desafiar su autoridad. Estaban tratando de ponerlo a prueba. Era esta certeza lo que le disuadía de arrojar el delantal y largarse de allí, como podía haber hecho en



cualquier momento al fin y al cabo. Mucho más que el recuerdo del tipejo corpulento, quien ya hacía tiempo que se había marchado.

Las monedas tintinearón sobre el mostrador, arrojadas por el crío en su frenesí por coger el pastelillo que le tendía. Una de ellas cayó y rodó entre las cajas. Keith gruñó de nuevo y se agachó a recogerla. El espacio era estrecho e incómodo. Mientras andaba por los suelos, escuchó a Saru.

—Vaya, te has retrasado. Aunque no es que me queje, ha sido muy útil.

—Me alegro. Era lo que esperaba.

Tales palabras y lo que parecían significar levantaron a Keith de un respingo. Casi se dejó la cabeza contra la madera.

La persona a la que había hablado era otra mujer, a simple vista de edad similar a la suya. Nada más verla se fijó en sus cabellos, que llevaba recogidos en una trenza hasta la mitad de la espalda; parecían del mismo color que el atardecer, aunque podía ser por la luz. En todo caso le resultó fascinante.

Ella le miró directamente, con unos grandes y atentos ojos oscuros.

—Keith Breda —dijo. Era la segunda vez que escuchaba su apellido en un día, y eso que hacía meses que no se oía.

—Keith el Cojo —replicó.

—Si te gusta más eso... —La recién llegada se encogió de hombros—. Ya has terminado tu labor aquí. Ven conmigo, por favor.

—¿Otro emisario? —El hombre resopló, contrariado—. El jefe del Milano quiere hablar conmigo, y yo con él. ¿Por qué son precisos tantos prolegómenos?

Saru abrió los ojos como platos, le miró con una expresión que iba a caballo entre la diversión y el escándalo. La otra mujer no pestañeó, aunque en sus labios se dibujó la sombra de una lenta sonrisa. Bastaron unos segundos para que Keith tuviera el terrible presentimiento de que había metido la pata.

—Eh... Bueno, tal vez esté cometiendo un error —vaciló, y al momento supo que sus sospechas eran acertadas—. Es posible que... que no seáis vos un emisario.

—Supongo que esperabas hablar con otra clase de persona —confirmó ella—. Debo de parecerte poco... hombre para liderar nada, ¿no?

—En absoluto. Os pido disculpas en nombre de mi boca. —Keith trató de salir del atolladero. Su interlocutora sonrió, esta vez del todo, aunque le resultó imposible discernir qué quería decir con aquel gesto.

—Acompáñame, Keith el Cojo. Hablemos.



Obedeció, agradeciendo dejar por fin el habitáculo y jurándose que no comería pastelillos en una semana al menos. La mujer comenzó a andar en dirección al estanque y él la siguió un paso por detrás.

Pasaron unos instantes hasta que ella comenzó.

—Daniel y Riddam, los hombres que fueron a buscarte, me han contado lo que les explicaste, lo que sucedió en Los Cerezos. Confío en que puedo creer tus palabras.

—No he escondido nada. Les dije lo que pasó, tal cual —respondió Keith—. Lo que ya no sé, es qué supone para vos.

Se detuvieron detrás de una valla blanca, cerca del embarcadero en el que flotaban mansamente los pequeños botes de alquiler. Una pareja se disponía a subirse a uno y el encargado les ayudaba; les llegó el sonido de la risa nerviosa de ella y las bromas de él. No estaban demasiado lejos de las tiendas, pero apenas se escuchaba la algarabía que rodeaba a éstas, las llamadas de los vendedores, las ruidosas conversaciones. Flotaba a su alrededor tan solo el eco quedo, sereno, del día que se apagaba. La joven volvió a guardar silencio unos instantes y Keith se inquietó. Si la idea de entrevistarse con el jefe del Milano le había cargado de incertidumbre, más todavía lo hacía aquella situación. Aquella mujer debía de ser importante si lideraba nada menos que la más influyente de las Casas del Gremio. Pese a que no habían hablado todavía ni diez minutos, se sentía en desventaja evidente, casi desarmado frente a ella.

—Lo sabes, Keith. Nuestras normas se basan en el sentido común, y no dudo que tú tienes de eso —objetó al cabo ella—. Pensemos juntos en lo que hiciste. Tenemos a un muchacho, a todas luces un novato, y una extraña conjunción de casualidades: una pequeña riña que termina en un accidente, y justo entonces unos tipos que aparecen con intención de robarle.

—Os aseguro que es tal como decís —afirmó el Cojo. La mujer le miró con extrañeza.

—No he dicho que no lo sea. No te estoy acusando de nada, puedes bajar la guardia —le dijo. Keith sintió el golpe, justo en su orgullo. Sí, constató; estaba desarmado. Asintió, se limitó a escuchar—. Bien —prosiguió—, el robo se hizo inevitable. Y no tengo dudas de tu buena intención a la hora de atender a Ethan. Pero ¿no hubiera sido preferible, además, avisar a las autoridades? La herida podría haber resultado más seria. Y en todo caso su Casa, su gremio, debería haber sido informado, teniendo en cuenta que se encontraba de servicio. Si no sabías cómo localizarnos, para eso está la guardia.



—Reconozco que puse a Ethan en un segundo plano —concedió el hombre—. Me obcequé, pensé únicamente en recuperar lo que le habían quitado. De donde vengo... —Tragó saliva, midió las palabras—. De donde provengo, en mi anterior trabajo, el extravío del documento más nimio podía significar una guerra. No podía dejar de pensar en esa posibilidad. Me sentí obligado a encargarme de remediarlo.

—¿Incluso aunque no fuera tu culpa? —repuso ella—. ¿Fue simple deformación profesional, o algo más? Mis compañeros me han dicho también que viajabas hasta aquí con tu primo para intentar ingresar en el Milano. Y justamente encontraste a Ethan, un miembro de dicho grupo, en el camino. Todo lo que sucedió suponía una buena oportunidad para ti. Una manera de darte a conocer, de destacar ante nuestros ojos.

Esta vez, Keith se irguió. Recobró el aplomo.

—No, en eso estáis equivocada por completo —replicó. Tenía que dejarlo bien claro, era parte de esa nueva vida que quería empezar a trazar—. No quiero destacar. Habría hecho lo mismo si el chico hubiera sido de cualquier otra Casa. ¿No queréis creer en el azar? Sois libre para hacerlo, por supuesto. Pero me temo que ese pequeño diablo es el conductor de toda esta historia. Sí, venía a unirme al Milano. Sí, podría intentar pavonearme, podría enorgullecerme del modo en que os saqué las castañas del fuego. Pero no es mi intención. En absoluto.

La respuesta había sido un poco impertinente, pero su vehemencia pareció agradar a la mujer. Le miró de nuevo fijamente, una suerte de respeto profundo se leía ahora en sus pupilas. Keith, sin entender por qué, sintió que se estremecía.

—Siento si te he ofendido —dijo, y el hombre se sorprendió—. Pero no solo dispongo de la información que has contado este mediodía. Como puedes imaginarte, antes de que fueran a buscarte ya sabíamos todo lo que había pasado. No haríamos justicia al ave que nos da nombre si no supiéramos mover nuestros hilos tan rápido como el viento. Cuando llegaste aquí ya sabíamos que algo había pasado en Los Cerezos y conocíamos tu nombre. Y no pasó mucho hasta que nos enteramos de todo. Por ejemplo, de cosas que no nos has contado, como que te hiciste pasar por un mercenario de nuestra Casa. O que cuando le entregaste al duque Slaris el mensaje te presentaste como “Keith el Cojo, miembro del Milano”.

El aludido sintió un súbito calor en las orejas.

—Bueno, ¿y qué iba a hacer? ¿Cómo queríais que me presentara: “Keith el Cojo, uno que pasaba por aquí”?



La mujer bajó un momento la mirada. Tal vez había sido solo su imaginación, pero le pareció que había estado a punto de reír. Durante un segundo.

—En ese punto, me temo que el azar deja de manejar todo esto. Una vez recuperaste la misiva podías haber regresado, esperado a que Ethan despertara y habérsela devuelto —continuó—. Pero le suplantaste de manera deliberada... y ante el duque de esta región, nada menos. Como te dije al principio, solo te pido que utilices el sentido común, y me digas si eso no puede considerarse una transgresión de las normas de cualquier Gremio.

Keith sintió el cepo cerrarse en torno a su muñeca. Se encogió de hombros, se rascó la mejilla. Un cisne salió del agua, no lejos de ellos, se sacudió las plumas.

Se distrajo contemplando su paso elegante antes de contestar.

—Sí, por supuesto que lo es. Pero, en vuestro caso, no me parece que lo hayáis considerado un delito grave... no cuando el único castigo que me habéis impuesto ha sido una tarde de trabajo forzado en una tienda de pasteles.

—¿Un castigo? —Ella enarcó las cejas, fingiendo sorpresa—. Saru se ofendería. Es miembro de nuestra Casa y gana un dinero extra con los pasteles. Necesitaba a alguien que le ayudara hoy porque su hermano está enfermo. Y ya que teníamos que retenerte hasta que yo pudiera hablar contigo, ¿por qué no agarrar dos pájaros con una sola mano?

El Cojo no dijo nada, pero sonrió también. Por algún motivo comenzaba a sentirse más relajado; aunque la superioridad de la jefa del Milano era indudable, casi estaba disfrutando con aquel lance dialéctico y su leve sarcasmo, con las estocadas sutiles pero firmes, sin buscar la herida, con que le acometía. Le conducía donde quería pero lo hacía de modo inteligente y en absoluto humillante, como en un principio había temido.

—No soy nadie para castigarte —añadió—. Ni siquiera perteneces al Gremio, así que no tengo poder para hacerlo. Las autoridades podrían, pero sería un desperdicio. Porque creo que tanto a ti como a mí nos interesa más llegar a un acuerdo. Tú quieres entrar y yo necesito a alguien para que realice un trabajo, y lo necesito ahora.

—Solo decidme dónde ha de ir y allí irá —interrumpió Keith con presteza. Era una frase que repetía a menudo, por la que muchos le conocían. Dudaba que ella lo hiciera, pero proferirla le hizo recobrar confianza en sí mismo.

—Bien. Este es el trato, entonces.



La mujer abrió un zurrón que llevaba a la cintura y extrajo de él un sobre. Sacó un papel doblado en cuatro partes. Un contrato.

—La aldea de Todus está a unos treinta kilómetros de aquí. Tendrás que ir a las afueras, a un molino. Allí encontrarás al cliente y le entregarás la misiva que te daremos. El trabajo es para mañana por la tarde; a caballo llegarás pronto, hay caminos bien dispuestos hasta allí. Te proporcionaremos identificación provisional del Milano, legal esta vez.

Apoyó con cuidado el papel en la valla y sacó una pluma y un pequeño bote de tinta del zurrón. Keith frunció el ceño, leyó las condiciones. Alojamiento y comida durante un día; no estaba mal para no ser miembro de la Casa. Se dispuso a preguntar algo, mas su interlocutora se le adelantó.

—Tendrás más detalles mañana. Pásate temprano por *Cuatro Piedras* y te entregaré el mapa y las instrucciones precisas para llegar al lugar, así como el nombre y la descripción del cliente.

—Firmaré mañana, entonces —repuso el hombre.

—No, firmarás ahora. Seguramente lo has entendido... no te estoy dando a elegir. Tenemos un trato. Tú haces este trabajo, y las autoridades no sabrán nada de ti, como está mandado. Todos salimos ganando.

Señaló el lugar donde debía estampar la rúbrica con un golpecito del dedo índice. Aquellas palabras y su expresión adusta lo dejaron bien claro: no había más que discutir. Tampoco merecía la pena. Al fin y al cabo, Keith no iba a negarse a aquella oportunidad caída del cielo ni aunque tuviera que repartir todo un cargamento de pastelillos. Pero estaba acostumbrado a hacerse de rogar un poco. Simuló fastidio, tomó la pluma y estampó aquel garabato irreconocible con el que dejaba su impronta.

—Bueno... —La mujer arrojó un puñadito de arena y aguardó hasta que la tinta estuvo seca; acto seguido guardó el sobre y todo lo demás—. Nos veremos mañana, pues. ¿Sabes cómo llegar a la posada?

—Sí, me las arreglaré.

—Que descanses. Ah, pásate por el puesto de Saru antes de marcharte. Seguro que te llena una bolsa de pasteles; creo que ha quedado contenta con tu ayuda.

Keith no pudo contenerse. Antes de que la joven se alejara, la llamó una última vez.

—¡Esperad! —dijo un paso, hizo el amago de alcanzarla pero se paró. Vaciló—. Solo algo más... ¿Cuál es vuestro nombre?

Ella se detuvo, pero no se volvió. Si hubiera podido verle el rostro habría observado de nuevo aquella sonrisa lenta.

—Basta con *Milano*. Está bien, por el momento.





Con la cercanía de la noche, la feria pareció animarse más. Muchos de los habitantes de Vaystrad la consideraban una buena opción para tomarse un respiro después del trabajo, y era así que las calles que formaban las hileras de tiendas se llenaban cada vez más de curiosos. Muchos zanganeaban de puesto en puesto, probando aquí y allá. Otros, que se reconocían por los corrillos que formaban, trataban de hacer nacer algún acuerdo de mercadeo. También surgieron de la nada, cómo no, bardos y malabaristas intentando recoger la benevolencia de la gente en forma de monedas. Fue, por tanto, sorprendente que entre la profusión de cuerpos y voces Roland consiguiera encontrar a su primo.

Caminaba éste distraído, con una bolsa en la mano y un pastel en la otra. Tuvo que llamarle un par de veces hasta que giró la cabeza en su dirección. Se abrió paso, serpenteando entre la gente y casi derribando a una señora que se había detenido de pronto para saludar a un conocido.

—Los tipos que te llevaron volvieron, y me dijeron que estabas aquí —le explicó de inmediato al llegar a su lado—. No esperaba encontrarte, y por lo que veo no tenías pensado quedarte mucho más, así que he tenido suerte. Bueno, cuéntame qué ha pasado.

Keith le miró un momento en silencio, como si no le reconociera.

—Hombre. Si es mi primo, el pacífico albatros. Toma, coge un pastelillo, no sea que me denuncies a alguien si no te doy.

—Vamos, no exageres. —El interpelado resopló haciendo una mueca, aunque tomó enseguida el dulce que le ofrecía—. Si te íbas a ir con ellos de todos modos. ¿Dije algo que fuera mentira?

—Claro, yo me dedico a robarle el trabajo a los pobres chiquillos indefensos. Creo que voy a hacer negocio con eso.

—Está bien, quizás no fueron las palabras más acertadas. Pero ya no hay nada que hacer al respecto. De todos modos, no intentes desviar la conversación. ¡Has estado fuera toda la tarde! Como me digas que no has sacado nada productivo, sí que te voy a denunciar... al Gremio de los Cretinos.

Keith suspiró. Desde hacía un rato había empezado a pensar que había un colectivo de ese tipo especialmente para él.

—Es una mujer. No hay jefe del Milano... —dijo—, sino jefa.

—Ah, sí que es verdad. —Roland asintió—. Ahora que lo dices, lo recuerdo.



—¿Por qué no me lo habías dicho?

—No salió a colación, ya te he dicho que no me acordaba.

—Pues valiente memoria, como si sucediera todos los días. Deberías haber pensado en comentarme algo tan importante como que era una mujer. Y que es preciosa.

Roland había abierto la boca para replicar, pero la cerró de golpe. Quedó mudo unos instantes y le miró con desconcierto, como si de pronto le hubiera crecido una segunda cabeza.

—No veo que eso sea “tan importante”, la verdad. ¿Estamos hablando de la misma persona? ¿La jefa del Milano, cuyos propios subordinados, según cuentan, prefieren enfrentarse a un gato rabioso antes que a uno de sus enfados?

—No sé qué tiene eso que ver. —Keith, molesto, apartó la bolsa cuando su primo se disponía a sacar otro pastel—. Es preciosa y punto. Y yo, al menos, no he tenido que sufrir ninguno de esos ataques de ira. Antes bien, en lugar de juzgarme por lo que hice, ha preferido ofrecerme un trabajo para que les compense por el agravio.

—Oh. Es una buena noticia. ¿En qué consiste?

El Cojo vaciló.

—Lo sabré mañana con certeza. Tengo que ir a un lugar cercano llamado Tadás. Lo cierto es que he firmado el contrato, pero aún no sé bien qué he de hacer. Aunque no parece complicado. No, no digas nada —se apresuró a atajar la réplica de su compañero—. Ya sé que parece una insensatez. Pero creo que no hay peligro. No se trata de una trampa, ni nada parecido. Es solo una... prueba, supongo.

—Y estás seguro de eso, ¿por qué? —le recriminó Roland, cruzándose de brazos y adoptando de nuevo aquella actitud de hermano mayor—. ¿Por toda la información que te ha dado?

—No —repuso Keith. Dudó antes de decir aquello—. Es por... por su forma de mirarme. Me mantenía a raya, pero me tendía la mano al mismo tiempo. Me hacía ver que estábamos en el mismo juego. Los ojos de esa mujer son increíblemente elocuentes. Y hay tristeza en ellos... ojalá pudiera saber por qué.

El otro mensajero le miró boquiabierto.

—Keith, no puedo creerme lo que oigo. ¡No irás a obsesionarte ahora como si fueras un adolescente!

—Y me comporté como un idiota sin voluntad. —El Cojo siguió hablando sin prestarle atención, ahora parecía que lo hacía para sí—. Ni siquiera conseguí que me dijera su nombre.



—Ah, ¿eso? Se llama Ravza.

Ahora sí, levantó la mirada de golpe y si hubiera podido, habría clavado en el suelo con ella a Roland.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Pues yo qué sé. —Aquél se rascó la oreja—. Alguien me lo diría, supongo. No lo sé porque me haya acostado con ella, como parece pensar por la forma en que me estás mirando. Ya había escuchado que no dice su nombre a la primera. —Dejó escapar una risita—. Es una novatada, al parecer. Considéralo una señal: estás cerca de entrar en el Milano. O eso, o simplemente ha querido quedarse contigo.

—Es más probable lo segundo. —Suspiró—. En fin, en todo caso ya tengo un contrato. No sé todavía qué seré mañana, pero al menos algo sí es seguro: tendré un buen puñado de monedas en el bolsillo.

Regresaron a *La tarde dorada*, y aquella noche el Cojo se fue pronto a dormir. Recobró fuerzas, y soñó que Vaystrad entera estaba hecha de pastel, y todo tenía el color áureo del atardecer más hermoso que había visto jamás.



IV



Ni un toque de diana hubiera conseguido que Keith fuera más puntual aquella mañana. Llegó al lugar acordado sin dificultad (su prodigioso sentido de la orientación comenzaba a familiarizarse con las calles); allí, Ravza le esperaba, y también Saru, quien le saludó con una gran sonrisa, como si hubieran desarrollado alguna suerte de complicidad después de trabajar codo con codo el día anterior. Las dos mujeres ponían a punto las mesas, arreglaban la sala común de la posada para abrir en pocas horas. Le sorprendió encontrarlas en tal menester, como si no fuera más que un establecimiento normal y corriente. La jefa del Milano le entregó un mapa de la comarca, y se sentó con él para explicarle el camino. Todus era un poblado próximo, ni demasiado pequeño ni demasiado grande; un apéndice de la gran urbe, que alojaba aquello que ya no tenía cabida en ella. Había allí una biblioteca, bastantes talleres y, sobre todo, muchos comerciantes y hombres de negocios que no hallaban residencia en Vaystrad. Y era uno de ellos, comprendió Keith enseguida, el cliente con el que tendría que encontrarse.

—¿Deseas que te proporcionemos un caballo? —ofreció la joven; él le explicó que hacía pocos días que había adquirido su nueva yegua y estaba bastante satisfecho con ella—. Bien, si está en forma no tardarás mucho en llegar. Si partes ahora, estarás allí incluso antes del mediodía. Como te dije, los caminos son seguros.

»El hombre al que deberás ver se llama Alver. Te esperará a las afueras, en la ribera del río Ruise. En el molino, a media tarde. Solo hay uno, de modo que no te costará encontrarlo. —Hizo una marca en el mapa del pueblo—. Y esto es lo que le corresponde.



Le dio un cilindro de cuero, herméticamente cerrado. Keith había visto cientos de ellos. Lo miró sin mucho interés; tan solo con un leve vistazo ya había advertido las junturas y el modo de abrirlo. No tenía inscripción, sello o escudo alguno en su superficie, por lo que dedujo que o bien se trataba de un asunto confidencial en extremo, o de una simple carta entre amigos o parientes.

Ravza le indicó también que podía disponer de alojamiento en una pequeña pensión, en caso de que quisiera pasar la noche (no más de una) o descansar al llegar. También le ofreció un bocado para el camino, y él aceptó, no sin cierto embarazo. Le parecían muchas atenciones... ni siquiera en los inicios de su trabajo, a las órdenes de la familia Heresia, habían tenido tanta consideración. Cosas así había tenido que ganárselas a pulso. ¿Sería algo habitual con los aspirantes a ingresar en la Casa? Quizás ella le conocía mejor de lo que pensaba, habría oído historias y le respetaba. Historias anteriores a su caída, claro. O quizás había algo oculto tras la amabilidad... Por el momento, prefirió no sopesar aquella posibilidad. Lo que tuviera que llegar, llegaría.

Partió tras agradecer innumerables veces y mostrarse tan formal como le fue posible, sin rayar en el esperpento. Y cuidándose de no llamarla todavía por su nombre, por si acaso. Roland, que le esperaba en *La tarde dorada*, lo acompañó hasta la salida de la ciudad.

—El Milano es una Casa poderosa. No te imaginas cuánto. A mí no me extraña demasiado que te hayan ofrecido tanta ayuda. Tienen recursos para eso y más —le comentó cuando él le expresó su desconcierto—. No creo que este trabajo entrañe ninguna dificultad. —Roland parecía más animado incluso que su primo—. Mañana, qué digo, puede que esta tarde, serás un milano en toda regla. Y tendrás una como ésta solo para ti. —Tomó entre los dedos el broche de su capa y lo giró.

—Sí, pero con ese gorrión horroroso.

Roland rio. El Cojo también, brevemente. Miró la insignia que le había mostrado con curiosidad; había advertido algo que no recordaba haber visto antes.

—¿Qué tiene escrito por detrás?

—Ah, es mi número. Una manera de censarnos —explicó, enseñándoselo unos instantes—. Nos sirve también de acceso a determinados lugares, a información privilegiada para el Gremio. Por ejemplo, puedo entrar si quiero en el Archivo de Vaystrad. —El hombre se irguió, y más que un albatros semejó en verdad un pavo—. Aunque la lista de espera en sitios así es desalentadora... Oh, y en la biblioteca de Tadás... ¡por cier-



to! —exclamó, recordando de repente—. Estuve una vez, hace años. Es mucho menor, claro, pero hay buen material.

—También tendré uno, supongo —murmuró Keith, y sus propias palabras le sonaron extrañas. Era la primera vez que hablaba de su ingreso en el Milano como algo previsible.

—Seguro que sí. Ah, mi primo, ¡el espíritu libre, censado! Pocas cosas me quedarán por ver ya —se burló Roland, con un guiño amable.

La mañana se presentaba soleada, una digna representante de la primavera en ciernes, cuando Keith tomó el camino. Lo hizo junto a no pocas carretas, que partían temprano llevando leche o frutas. Cabalgó un trecho junto a una mujer y su hijo, que iban a vender telas, le dijeron, y los fardos que cargaba su pequeño asno lo atestiguaban. La conversación fue agradable, trivial. Keith se sentía despreocupado, liberado de un lastre que había arrastrado demasiado tiempo. Ahora sabía que era eso lo que tanto había deseado: regresar a la banalidad.

«La vida», pensó mientras notaba el calor en la nuca y la tranquilidad en el espíritu, «es un viaje para regresar siempre al mismo sitio, de un modo u otro».

Tadus estaba rodeada de lomas. En la parte más septentrional, no obstante, el terreno descendía hasta el inicio de un pequeño valle fluvial. Allí deberían dirigirle sus pasos, se imaginó, pues tendría que ser en aquella zona donde estaba situado el molino. El mapa así parecía mostrarlo, aunque no estaba muy conseguido. Aquella línea gris, debilitada sin duda por el tacto de muchos dedos, tenía que ser el río, y allí estaba la marca dejada por Ravza. Keith resopló para sí. Si le quedaba tiempo después del trabajo (y puede que así fuera, porque en verdad no parecía nada complicado), quizás se encargara él mismo de elaborar un nuevo mapa del pueblo. Se lo regalaría al Milano, como prueba de buena voluntad. Por qué no.

Aquel pensamiento suscitó de pronto otras ideas diferentes; el rostro de la mujer se le apareció muy vívido en la mente. No se contuvo y se dio un fuerte pellizco en el brazo, enfurecido consigo mismo. No le convenía dar pie a aquellos pensamientos. Sacudió la cabeza. Por suerte, estaba ya a las puertas de la villa y pudo centrarse en asuntos más perentorios. El momento de estupidez, como lo llamó en su interior, desapareció. Quienes aparecieron ahora ante él conformaban una imagen mucho menos interesante: una pareja de guardias, con aquella expresión de hastío que se acababa convirtiendo en una máscara pegada a la piel para todos los que desempeñaban tal profesión. Avanzó sin prisa hasta llegar a su lado y se detuvo cuando uno de ellos levantó la mano.



—Motivo de la entrada —habló con tanta desgana que Keith tuvo que aguzar el oído para entenderlo.

—Traigo un mensaje.

El guardia modificó un poco su expresión, tan solo para hacerla más suspicaz.

—No veo vuestra insignia.

—Oh, tengo esta. —El Cojo se apresuró a enseñar la que le había entregado Ravza, una suerte de placa de madera con el escudo del Milano, en la que se leía que era “mensajero en prácticas”. «Como si fuera un zagab», pensó, pero no se sintió ofendido.

No vieron nada sospechoso o amenazante en su gesto despreocupado, por lo que no se molestaron en examinar la placa de cerca. Se hicieron a un lado, indicándole con un cabeceo que continuara, y se ocuparon en otro jinete que llegaba tras él.

Keith desmontó apenas entró en el pueblo. Las casas eran de adobe y madera, las calles amplias; algunas de ellas ya estaban siendo empedradas, un signo de la importancia que Todus iba adquiriendo con paso lento pero seguro. Las gentes transitaban aquí y allá en una curiosa mezcla de burguesía y campesinado. El mensajero llegó hasta una plazoleta que acogía un pequeño mercado; allí preguntó por la pensión en la que, como le había asegurado Ravza, tenía permiso para alojarse durante aquel día. Ya tenía una idea aproximada de cómo llegar al río, por lo que podía tomarse las cosas con calma. Le dieron algunas indicaciones, las agradeció, tuvo que esquivar a más de una persona que portaba bolsas o paquetes como si fueran poco menos que armas mortales. Al darse la vuelta en una de aquellas ocasiones, sin embargo, no calculó bien la distancia y chocó aparatosamente con una anciana.

Las manzanas escaparon con euforia de su cárcel de estroza, y le siguieron entusiasmados los puerros. Keith se hizo un lío y estuvo a punto de tropezar otra vez con un hueco en el suelo; al final, decidió en primer lugar ayudar a la anciana a levantarse, y después fue a recoger la compra desparramada.

—Lo lamento, señora, creo que he matado una araña esta mañana —se disculpó, haciendo alusión al viejo dicho de su pueblo que excusaba las torpezas y que tantas veces recordaba haber oído a su madre. La anciana, como era de esperar, no pareció entenderlo demasiado bien. Se limitó a sonreír desde el fondo de un gorro calado hasta las orejas.

—Nada, hijo. No eres el primero con el que me tropiezo hoy. Decididamente tengo que mandar a mi chico al mercado más a menudo, o estos viejos huesos no lo cuentan.



Keith se despidió con otra sonrisa amplia, se cuidó de comprobar que la mujer salía de la plaza sin más percances. Sin percances halló él la pensión. *La estrella*, rezaba un cartel descolorido que pendía de una sola cuerda sobre el marco de la puerta; vino a su mente el símil poco agradable de una guillotina cayendo sobre los incautos que fueran a buscar habitación. Había una cuadra cerca y allí dejó a la yegua. El viejo tuerto que se sentaba tras el mostrador de la pensión le recibió sin levantarse siquiera. Gruñó sin interés cuando le dijo quién era y le mostró su permiso de alojamiento; le arrojó una llave, con la que tuvo acceso a un cuartucho sin ventanas en el que no pudo dar más de cinco pasos. «Bueno, tampoco podía esperar otra cosa», se dijo mientras se sentaba en el jergón. Bastaba con poder descansar un rato sin pagar una sola moneda. Se recostó contra la pared, apoyó los pies en el taburete que era el único mueble que había. Estiró los brazos, los dedos y las pantorrillas, liberándose de las tensiones que el viaje había dejado en sus músculos.

Después de ello metió una mano dentro de sus ropas y sacó los dos tubos. El que contenía la misiva que le habían confiado... y el otro que le había quitado a la anciana.

—Bueno, bueno —murmuró, sopesando ambos en las manos—. Vamos a ver qué querías colarme en lugar de lo mío.



Keith contaba dieciocho años cuando entró a trabajar para la familia Lawhead. Fue todo un honor y algo que se comentó entre sus colegas durante bastante tiempo, con notoria envidia: un muchacho que había destacado hasta tal punto como para que una de las casas nobles más importantes se fijara en él, a pesar de llevar solo tres años en activo. Los Heresia, sus anteriores señores con los que había pasado un par de temporadas, le habían tratado bien, pero sólo con los Lawhead comenzó a entrar de lleno en el mundo de la diplomacia, de las medias tintas, las sonrisas de compromiso y los acuerdos firmados en la noche cerrada. Se dio cuenta de la importancia que puede tener un mensajero y cuántas miradas malintencionadas pueden recaer en él, el eslabón más débil de la cadena, a la hora de intentar frustrar un acuerdo. Eso le preocupó enseguida. No era torpe en el manejo de las dos espadas, la técnica que su tío Yagyu le había enseñado desde que era un mocoso y en la que se había esmerado: con ella había conseguido recobrar la confianza en sí



mismo, borrando el complejo de la cojera. Pero en algunas ocasiones no eran la fuerza bruta o la esgrima las que actuaban a la hora de interceptar una misiva. Más de una vez le habían robado sin que se percatara, bien vertiendo algún narcótico en su cerveza en alguna anónima posada, bien en el camino o en las calles, sin que fuera capaz de discernir cómo había sucedido. No, no iba a sucederle aquello con los Lawhead. No iba a dejar que algo así estropeará su mejor oportunidad.

Por suerte, en aquel momento apareció Hige en su vida. Un jovencuelo que también había sido contratado por aquella casa. Había sido un favor personal a su padre, o algo parecido: Hige había sido hasta entonces pillo, salteador de caminos y artista ambulante hasta que su familia bastarda había decidido que debía volver al redil. Él no sentía que tuviera ningún pariente, decía, excepto la luna y las calles, y no le hacía gracia ser arrancado de su hábitat sólo porque un noble cuyo rostro desconocía hubiera sentido de pronto el remordimiento del adulterio. Pero con los Lawhead, al menos, tenía siempre la barriga llena. Y en su vida no tenía ningún otro objetivo, de modo que estaba bien, comentaba entre risas.

Keith y Hige hicieron buenas migas enseguida, y para sorpresa del mensajero, se lo colocaron como pupilo. Él tenía que enseñarle el oficio. Era gracioso, dada su corta experiencia, y durante meses no supo por dónde empezar. Simplemente le acompañaba y miraba. Pero también aprendía, hasta un punto que el Cojo no era capaz de advertir. Llegó el momento en que parecía tener todo dominado, de modo que se dedicó a aleccionarle en lo único que se sabía maestro de verdad: el arte de las dos espadas. Algo que también se le dio bien, puesto que aquellas armas curvadas y resistentes provenían de las islas del este, su lugar de nacimiento. Hige, en compensación, suplió aquella carencia que tanto angustiaba a su compañero: le enseñó cómo aplicar las técnicas de un malabarista para evitar los hurtos.

Aquello resultó fascinante, y Keith fue un rápido alumno. Aprendió, sobre todo, a *ver* antes que a mirar: una cadencia en el paso, un giro de los ojos, un tic en la muñeca, todo ello se convirtieron en señas inequívocas que le susurraban las intenciones de aquel con el que se topase. Primero consiguió esquivar; evitó en un par de ocasiones que la mano que se deslizaba en un abrir y cerrar de ojos por entre sus ropas llegara a alcanzar su objetivo. Y después Hige le enseñó trucos más avanzados. Aprendió a sisar sin ser percibido, y, lo más importante, a llevar siempre trampas escondidas. Tubos, sobres, paquetes que guardaba estratégicamente allí donde se sabía que el ladrón buscaría, de manera tentadora; que hicieran al



pillo reírse en silencio de la estupidez del mensajero, para luego descubrir, de vuelta con aquel que le contrataba, que lo que había robado no era más que una receta de cocina.

Hige murió dos años y medio después por una idiotez. Se cayó del caballo durante una misión y se desnucó. No quisieron darle sepultura en el campo de la familia, bastardo como era; un simple agujero en la genealogía, invisible, que hacía bien en desaparecer. Así que Keith se ocupó de él. Lo llevó al cementerio de la ciudad y se aseguró de enterrarlo en un sitio en el que siempre podría ver la luna, junto a sus dos espadas.

Muchas veces se había acordado de su amigo, discípulo y maestro a la vez, y le había agradecido todo lo que le había enseñado. Aquel día fue una de aquellas ocasiones.

Ahora ya no cabía duda de que aquella entrega podía resultar más peligrosa de lo que había pensado. O, al menos, más molesta. Tal vez el motivo por el que habían intentado robarle fuera banal; quizás la misiva que portaba fuese la de dos enamorados y un tercero en discordia quisiera impedir el romance. No sería nada inusual. Pero no solo era aquello... Habían intentado darle el cambiazo; mejor dicho, lo habían conseguido, solo que el tubo que la anciana se había llevado no era realmente el que debía entregar, sino una de las trampas que Keith se había colocado encima antes de partir. El verdadero había estado siempre a salvo, guardado a buen recaudo donde nadie esperaría. ¿Pero se tomaría un simple amante despechado tantas molestias?

—En todo caso, lo hizo usted bien, señora... si es que lo era —comentó para sí—. Solo que se llevará una sorpresa cuando abra el tubo.

Volvió a examinar el que tenía en la mano derecha, aquél que le habían intercambiado. A simple vista no parecía tener nada raro. Pero sabía bien que era conveniente andarse con ojo; de una diminuta rendija podía surgir una aguja fina con veneno, por ejemplo, y se acabó lo que se daba. Sacó de su bota un alambre retorcido que siempre llevaba consigo. No servía para nada como ganzúa, ya lo había comprobado, pero sí venía bien para otras cosas. Lo introdujo con dedos de experto entre las juntas, giró, torció, y abrió el cilindro sin complicaciones.

Nada extraño surgió de él. Tan solo un papel amarillento, que desplegó enseguida. La curiosidad le vencía, y creció más aún cuando no halló nada similar a lo que esperaba descubrir. En aquella hoja estaban dibujados los planos de una figura. Un caballo. Las líneas mostraban cómo unir las piezas, seguramente de madera, y alrededor de estas estaban anotadas las medidas y longitudes.

—Una marioneta... Que me aspen y me rastrillen si entiendo algo.



Por su mente, febril y, como siempre, en extremo imaginativa, surcaron extrañas ideas acerca de conspiraciones y alianzas secretas de títriteros para dominar el mundo. Pero enseguida se obligó a desecharlas, con una risa breve.

—Más me vale quitarme de la cabeza todo eso. Ya no estoy con los nobles y su mundo podrido, por fortuna.

Había una tabla suelta en la pared, lo más parecido a una ventana que podía haber en aquella pensión, sin duda; la levantó y miró el cielo, o una pequeña parte de él. Todavía parecía temprano para acudir a la cita. Tenía quizás un par de horas o tres para hacer lo que quisiera... y aquel extraño caballo le miraba con sus ojos de lápiz.

También él lo miró, largo rato, hasta que un presentimiento extraño se iluminó en su mente. Y decidió salir.

Nunca se hubiera imaginado que emplearía su tiempo libre de aquella manera. Sí se imaginaba, con bastante facilidad, la mirada burlona y las chanzas de Roland. El caso fue que localizó la biblioteca de Tadus sin mucho esfuerzo, pues era el edificio más grande de todos, y desde cualquier calle se veía su tejado picudo de color amarillento y la veleta en forma de águila que lo coronaba. Tuvo que subir un buen número de escaleras, cada vez más empinadas (Keith se preguntó si no las habrían hecho así para disuadir a los ocasionales como él), y llegó al fin hasta una enorme sala escasamente iluminada, plagada de filas y filas de estanterías que hacían sonar quejumbrosamente sus viejos huesos. Entre ellas, además, se disponían mesas largas y gente que se reclinaba sobre enormes tomos como si quisiera hundir la cabeza en ellos. Nadie hablaba, nadie le miraba siquiera. El ominoso silencio estuvo a punto de hacerle desistir, pero notó el tubo en el bolsillo como si le empujara, de modo que avanzó hasta el que suponía el bibliotecario. Lo dedujo por la mesa a la que se sentaba, considerablemente más ancha y atestada de papeles, y el modo altanero en que clavó la vista en él, como si estuviera tomándose de postre su cerebro.

—Buenas tardes —saludó Keith, en el tono más bajo que pudo—. Tengo... eh... —Se rascó la nuca, azorado. ¿Cómo iba a explicar lo que buscaba, cuando ni él mismo lo sabía bien más allá de una sospecha?—. Quiero consultar unos libros —dijo al fin, con un leve suspiro. Aquello no podía ser mentira para nadie que entrara en aquel lugar.

—Esta biblioteca no es de acceso libre —trinó el bibliotecario—. Tengo que preguntarle si tiene autorización de algún tipo, mis disculpas.

—Por supuesto. Supongo que mi nombre figurará en alguna parte de su... eh... registro. Roland Breda.



El tipo enarcó las cejas, y con una rapidez pasmosa escogió uno de los libros que se amontonaban cerca de él y comenzó a pasar las páginas.

—“B”... Berenice, Braghton... Sí, aquí está. Tengo que pedirle, con mis disculpas, que escriba aquí la fecha y el número de matrícula de su gremio, y firme.

—No se preocupe, ahora mismo. —Keith esbozó una sonrisa aliviada, mientras el tipo comprobaba el número y la firma que había imitado con pericia en el registro de entrada—. Entiendo que esto es necesario; hay que saber bien quién entra y quién sale.



Llegó junto al molino en aquella hora en la que el sol no se ha decidido a quedarse o marcharse. El cielo seguía despejado y azul, como había estado todo el día, pero los ribetes dorados se advertían como bostezos tímidos del día. El terreno se cortaba y descendía en un terraplén hasta el río. Se detuvo en la orilla y contempló durante un rato, absorto, el cortejo del viento a los juncos. Nadie llegó en aquel tiempo. A decir verdad, no había esperado que el cliente estuviera allí en cuanto él apareciera. “A media tarde” era un término bastante impreciso, pero siempre escogido de manera deliberada por muchos. Cuanto menos se concretara la hora de la cita con el mensajero, menos probabilidades habría de que alguien le interceptara, a menos que estableciera una estrecha vigilancia.

Al cabo de un rato la figura surgió desde detrás de una loma, por el este. Parecía un tipo bajo, con el cabello corto y castaño que se encrespaba con la brisa. Cuando llegó hasta él, unos minutos después, también advirtió que no estaba en muy buena forma, porque resollaba a pesar del escaso ejercicio. Le miró con unos ojos pequeños detrás de unos sucios anteojos.

Keith buscó el nombre en su memoria. Alver.

—Buenas tardes —empezó él, viendo que el recién llegado aún no recobraba el aliento—. ¿Maese Alver? Mi nombre es Keith el Cojo, mensajero del Milano. —Mostró su placa—. Creo que me esperáis, ¿me equivoco?

—El Milano, sí. Eso me dijeron —habló con voz ronca—. ¿Tenéis algo para mí?

Extendió la mano; al tiempo que lo hacía, el mensajero se dio cuenta de que miraba de reojo tras de sí y a los lados, nervioso. Tenía prisa por acabar cuanto antes, sin duda. Keith sonrió en un intento de tranquilizarle,



extrajo el tubo y se lo entregó. El tipo se lo guardó dentro de la chaqueta en un abrir y cerrar de ojos. Aún no habían terminado, claro: debía firmarle la Fe de Recogida, le habían explicado tanto Ravza como Roland. Estaba decidido a hacer las cosas bien... aunque no por ello iba a dejar de advertirle de lo que había sucedido.

—Hay algo que tenéis que saber —comenzó, al tiempo que preparaba el papel que Alver debía firmar—. Esta mañana...

No pudo terminar la frase. Probablemente, mucho de lo que vino después podría haber cambiado de haberlo hecho. Pero así lo quiso el destino, y no eran nadie para resistirse a sus caprichos.

De pronto Alver dio un grito, los ojos enrojecidos se clavaron en un punto a la espalda de Keith. Este se volvió con presteza. Dos jinetes cabalgaban en su dirección desde la lejanía; uno de ellos portaba apretado contra el hombro un arco corto.

Ambos, se percató el mensajero con un escalofrío en cuanto estuvieron más cerca, llevaban una máscara blanca con ojos rasgados de felino que les cubría todo el rostro.

Sólo tuvo un instante para pensar, y por supuesto pensó en su supervivencia. Los caballos estuvieron enseguida encima de ellos, y Keith se lanzó de costado y rodó por la hierba, poniendo una considerable distancia de por medio. Se incorporó tan ágilmente como se lo permitió la rodilla, se llevó las manos a las espadas... y contempló el preciso momento en que una flecha se incrustaba en el pecho de su cliente.

El hombre dio un gáñido, se desplomó con los pies cruzados y desapareció de la vista al caer por el terraplén. El jinete que había disparado desmontó y corrió tras él. El otro, en cambio, se volvió hacia Keith y desenvainó del costado de su montura una hoja curva, aunque más ancha que la suya y de diferente factura.

Se vio atrapado por una maraña de indecisión. Quizás, si le hablaba, el desconocido le dejara en paz y podría marcharse sin hostilidad alguna. Al fin y al cabo, había cumplido con su encargo, ¿qué le importaba aquella vicisitud? Pero no estaría bien dejar así al tal Alver, herido o muerto... tendría que volver a por él, ¿verdad?

Sus disquisiciones dejaron de tener sentido en cuanto el tipo de la máscara azuzó al caballo y se lanzó contra él.

La distancia de la que disponía no era suficiente para que fuera un lance justo; no tendría tiempo de reaccionar antes de que la espada cantara hasta su cabeza. Aun así, blandió sus propias hojas con un rápido giro de las muñecas y se abalanzó en la dirección de su atacante. Si se quedaba



esperando, vería la muerte sin duda; si le buscaba... bueno, no sabía bien qué sucedería, pero puede que otra cosa. Y lo constató enseguida. Pasó de la guardia cruzada a un ataque en forma de ele; con la hoja corta detuvo la estocada y con la otra golpeó con todas sus fuerzas en el puño del arma. No cesó el impulso, sino que siguió corriendo hacia delante, agachando la cabeza, protegiéndose. Escuchó el tintineo y se giró. La hoja de su oponente había caído detrás, entre la hierba.

Keith no perdió el tiempo; de un salto llegó hasta el arma y se colocó a su lado, pisando la empuñadura. Miró al enmascarado con fiereza, con absoluta elocuencia: «Ven a cogerla si quieres, aunque tendrás que dejarme tu cabeza en su lugar». El otro vaciló. No parecía muy dispuesto a realizar el intercambio. Por fortuna, la llamada de su compañero acabó con el mudo enfrentamiento. El Cojo se dio la vuelta, alarmado: no se había acordado del otro, y ya esperaba sentir el filo traicionero hundirse en su espalda... Pero el segundo jinete pasó por su lado sin prestarle atención. Se situó junto a su compañero, los dos intercambiaron unas palabras en susurros. Keith notó que el que le había atacado le miraba un momento, mas luego asentía. Sin más, ambos volvieron grupas y espolearon a las bestias. En unos segundos los perdió de vista.

Respiró hondo, esperó hasta que el galope de su corazón se calmó. Guardó las espadas, tomó la que el otro había dejado. Luego se asomó al borde del terraplén. Tal como esperaba, yacía allí el cuerpo de Alver, boca abajo; se había quedado atascado en el barro y el agua le acariciaba. La flecha, rota, sobresalía debajo de él. Tras unos segundos de duda se atrevió a bajar, con precaución, temiendo resbalarse en cada piedra que pisaba. No sucedió, y pudo llegar indemne al lado del infortunado. Se agachó, le palpó el cuello. Nada latía allí.

—Seguramente le habrá quitado el tubo. Quizás... —Keith frunció el ceño; no le resultó agradable aquel pensamiento—. Quizás, si me hubieran arrebatado a mí el mensaje esta mañana, este desgraciado estaría vivo. En fin.

Regresó al pueblo y acudió al primer puesto de guardia que encontró. Entregó la espada curva y contó todo lo sucedido. Al menos su conciencia quedó un poco más tranquila, a pesar del sentimiento de culpa. Durmió como un tronco, a despecho de los sonidos de diversa naturaleza que llegaban a sus oídos a través de las endeble paredes de *La estrella*, y partió muy temprano. No pudo evitar, durante todo el trayecto de vuelta a Vaystrad, mirar por encima de su hombro, sobresaltarse cada vez que alguien pasaba por su lado, tener presta una mano en el pomo del arma. Al final todo aquello no había resultado tan trivial como había esperado.



Tal vez tuviera que pedir un aumento, tan solo como compensación por el susto que llevaba en el cuerpo...

No acompañó a los guardias, por supuesto, a buscar el cadáver en el río. Si lo hubiera hecho, se habría sorprendido al descubrir que no había cuerpo alguno.



Generalmente, Vaystrad no tardaba en despertar. Keith, con tan solo un par de días allí, había descubierto ya que le gustaba aquella característica de la ciudad: parecía que se desperezaba, que sus habitantes iban surgiendo aquí y allá como por casualidad. Aquella mañana no fue muy diferente. Cuando llegó a la Plaza Mayor, a pesar de que el día había nacido apenas un rato antes, ya había comerciantes preparando sus enseres y aclarándose la voz para proclamar su mercancía. Un rapaz con una cesta correteó hasta él y le tendió una manzana. A cambio de lo que quisiera ofrecerle, dijo; el mensajero se apiadó y le lanzó una moneda. No había desayunado nada aún, por lo que aquello fue un buen comienzo. Mordió la fruta, deleitándose con el fresco jugo en su paladar.

Se detuvo en seco al escuchar una voz conocida a su lado.

—No te arrepentirás: la fruta que cultiva su padre es realmente buena.

Giró la cabeza. Ravza caminaba junto a él, también con una manzana en la mano. Demonios, no se había percatado de su presencia hasta ese preciso momento.

—Eh... buenos días —fue todo lo que el hombre atinó a decir, sorprendido. La joven era silenciosa; sin duda no se limitaba a liderar el Milano, sino que era una digna representante del Gremio y sus habilidades. Desmontó.

—Buenos días. Te estaba esperando. Quería asegurarme de que venías a *Cuatro Piedras* en cuanto llegaras.

—Pues claro. Lo primero que hago siempre, tras una entrega, es informar del resultado —replicó Keith—. Es una norma elemental y nunca he dejado de cumplirla.

—Es bueno saberlo. No es que pensara lo contrario, pero en este caso... en fin, digamos que es bastante urgente que hablemos de lo que ha sucedido, antes que cualquier otra cosa.

«Lo sabe, por supuesto», constató el Cojo. Le gustaba aquello. La información corría aún más veloz que el viento para aquella Casa. Era de esperar que quisiera su versión de los hechos cuanto antes. Bien, se la



daría, y también alguna que otra suposición al respecto. Asintió, prudente, sin decir nada más.

Dejó a su montura en las caballerizas de la posada, al lado de un buen saco de heno, justa recompensa por su esfuerzo. Entraron en la gran sala, y por vez primera la contempló en su actividad matutina: numerosos mensajeros iban y venían, bajaban de las habitaciones del segundo piso ajustándose capas, luciendo sus insignias, charlando, riendo, protestando. Saru le volvió a saludar con efusividad desde detrás del mostrador, mientras entregaba una bolsa de viaje a una chica. Le agradó constatar que también había mensajeras en el Milano. Devolvió el saludo, pero Ravza le indicó con un gesto que no se distrajera.

—Acompáñame por aquí —dijo, guiándole hasta una puerta en una esquina alejada del trajín. Encima del marco, un milano tallado en bronce extendía las alas, majestuoso. Este sí parecía un representante en toda regla de su especie, no como los que la mayoría de los que les rodeaban llevaban pegados al cuello. La mujer abrió y Keith la siguió, con la mente puesta más de lo que deseaba en el crujir de sus tripas.

—Saludos de nuevo, mensajero.

Se quedó rígido. Escuchó la puerta cerrarse a sus espaldas y a la jefa del Milano colocarse a su derecha, unos pasos más adelante. Pero no atendió a nada de esto. Todo lo que pudo articular, unos segundos después, fue un vacilante:

—Vaya.

Era bastante preferible a todas las maldiciones que se le pasaron por la cabeza. Porque allí, sentado a una mesa redonda, estaba su supuestamente fallecido cliente. El tal Alver.

El estupor no le duró mucho, todo sea dicho. Enseguida su rostro se libró de la estúpida expresión de desconcierto, y su vista y su cabeza trabajaron deprisa: examinó la estancia, la alfombra de colores vivos que cubría el suelo, la chimenea, las paredes tapizadas, y llegó a la conclusión de que se trataba de una sala de reuniones. Su mente cosió aquí y allá, hasta atar algún que otro cabo suelto que le intrigaba desde el día anterior. Hecho todo esto, se dispuso a abrir la boca, pero el otro tipo se le adelantó.

—Supongo que lo primero que querrás saber es cómo es posible que esté vivo.

—Me pica la curiosidad, no os voy a engañar.

—Verás —empezó Alver, que no pareció inmutarse por el comentario burlesco—, lo cierto es que sospechaba que sufriría un ataque cuando tú y yo nos encontráramos, de modo que estaba prevenido. Esto —abrió

la mano mientras hablaba, y dejó sobre la mesa un pequeño objeto, una suerte de bola envuelta en hojas del tamaño de un meñique— es un potente preparado de plantas somníferas y barbitúricos, llamado Cuerno de Meiga. Lo tenía en la boca, la cantidad suficiente como para que me durmiera unos quince minutos, y cuando aquello sucedió simplemente lo tragué. Tiene un efecto muy rápido. “Dormir” no es la definición exacta: como quizás pudiste comprobar, te deja en un estado de catalepsia muy profundo, casi similar a la muerte.

—Lo comprobé, sí —corroboró Keith—. Deduzco, entonces, que llevabais algo bajo las ropas; alguna especie de protección que detuvo la saeta, aunque a simple vista no lo parecía. Vuestra caída fue una interpretación, pues. Bastante notable, por cierto. —El interpelado asintió, satisfecho, y el mensajero vio, con el rabillo del ojo, que Ravza realizaba un gesto parecido, aunque tan solo con la mirada—. Aun así, creo que fue algo bastante arriesgado. Esos tipos podían haberos acibillado una vez caísteis, y ninguna cota os habría salvado en tal caso. O haberos acuchillado para cerciorarse de vuestra muerte. ¿Por qué os tomasteis las molestias de elaborar una treta así? ¿Es tan importante lo que queríais proteger?

—Entre todas las posibilidades, no barajé como algo preocupante eso que dices. Conozco bastante bien a los que nos atacaron y sé cómo actúan. Digamos que nuestra relación viene de hace bastantes años. Sabía que no tenían especial interés en mi muerte, sino en lo que me estabas entregando, y se conformarían con dejarme fuera de combate —explicó aquél—. A pesar de todo, prefería que pensaran lo peor, aquello que les haría olvidarse de mí y de mi pista. Tenía un plan sin fallo, perfectamente trazado, sin una fisura.

—Hasta ayer por la mañana —interrumpió de repente Keith—. Ayer por la mañana, algo lo quebró. Una hendidura de nada. Algo que ha convertido todo vuestro plan y vuestra estupenda coartada de la falsa muerte en una pantomima inservible. ¿Me equivoco?

Esta vez fue Alver quien se quedó sin habla, con la boca abierta a media frase. Balbució sin sentido, un tanto estúpidamente, y fue Ravza quien intervino.

—No te equivocas. De hecho, vas muy bien encaminado. Proseguid, Alver, por favor, antes de que sea él quien tenga que terminar vuestra historia.

Hubo un deje de burla en la voz de la mujer. Sin perder la cortesía, había lanzado otro de aquellos dardos. A Keith le agradaba cada vez más aquella manera que tenía de dominar las conversaciones.



—Bueno, sí. Ayer... —el hombre carraspeó —ayer tuviste un encuentro en Tadás, antes que conmigo, ¿verdad?

—Exacto.

Había estado preparando el momento. Sacudió la muñeca izquierda y de la manga surgió, como la cabeza de una serpiente que asomara de su madriguera, el tubo de cuero que le había colado la anciana.

—Este es solo uno de mis escondites. Estoy hecho a prueba de cambiazos, maese Alver —dijo con sorna y orgullo—. Aquella buena viejecita, llamémosla así, intentó ese burdo truco en la Plaza Mayor y quiso dejarme este tubo en lugar del que me habían dado para vos. El resultado fue que solo obtuvo una falacia, una trampa, y yo me quedé con los dos. El suyo y el que ya tenía. Pero ahora empiezo a pensar que quizás no era eso lo que esperabais de mí.

El interpelado frunció el entrecejo. El Cojo volvió a mirar de reojo a Ravza, temiendo que ella desaprobara su respuesta, pero el silencio de la mujer era expectante y nada más.

—Bueno, vamos a verlo de esta manera. —De pronto, Alver abrió un saquillo que llevaba a la cintura, sacó de él varias semillas de aceituna. Las colocó sobre la mesa y comenzó a moverlas con los dedos—. Tenemos tres tubos, tres supuestas misivas: “a”, “b” y “c”. “A” y “b” son complementarias. Son... hum... las dos partes de un mismo dibujo. Uno que debía entregar a mi socio. Hace días, cuando me enteré de que esos tipos venían a por mí, se me ocurrió dividirlo en dos documentos; así, al menos, habría menos posibilidades de que se hicieran con el grabado entero de una vez. Ideé una trampa para despistarlos. El tubo “a” lo tenía mi cómplice, el que te encontraste en la plaza. El tubo “b” lo tenías tú. —Las semillas se movían, danzaban entre ellas con frenesí—. Mi socio ya había hecho una copia del dibujo “a”, de modo que lo que faltaba era darle el tubo “b” para realizar la réplica de su contenido. Así pues, la idea era cambiar uno por otro. El que tú me entregarías sería “a”, y en el caso, altamente probable, de que aquellos tipos de las máscaras me atacaran, se llevarían un documento del que ya tenemos copia. No sería, por tanto, un robo tan terrible, y sí parte de la coartada que tenía planeada para...

—El problema ha estado en que no se ha realizado el intercambio como era debido —le cortó Keith, y se rascó la barbilla—. Yo os di el tubo que estaba pactado, el “b”... del que no teníais copia. Y ahora está en manos de los enmascarados. Entiendo. ¿Y qué hay del tubo “c”?

—Oh, bueno, ese lo he incluido para que quedara más real. El tubo de la discordia. Es el tuyo, por supuesto. Tu propia trampa. —Soltó una risa sin alegría—. El que mi compañero se llevó. Creo que tenía una especie de... poema picante. ¿“La Serpiente Emplumada”?

—Del poeta Evans —aclaró el Cojo, y él sí se rio sinceramente—. Es un clásico. ¿Le gustó a vuestro amigo?

—En fin. —Alver tosió, hizo como que no había escuchado—. Ahora tengo un serio problema. Necesito recuperar el tubo que se llevaron. Sólo tengo la mitad del dibujo... que es el que tú tienes. Y para hacerlo...

—¿Dónde lleva?

—¿Perdón?

—Os pregunto que a dónde lleva —repitió Keith. Se aproximó a la mesa, abrió el tubo y desenrolló el papel. Tanto Ravza como Alver se asomaron y contemplaron el dibujo: ahora no sólo tenía los trazos y las indicaciones originales, sino otras líneas superpuestas, anotaciones de la mano del mensajero—. Esto es un mapa.

